S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

¡PÁNICO!

JOHNNY GARLAND



¡PÁNICO!



¡P á n i c o !

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 11954 – 1961
Número de Registro: 999 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

A Rand Hallman le gustaba su tarea.

El Servicio Especial de Vigilancia Aérea era de reciente creación. Se había organizado en todos los Estados Federados de la Tierra, no con la misión específica de vigilar el espacio, labor que ya estaba asignada a las Brigadas Espaciales de la Policía y a las unidades del SIP encargadas de ese trabajo. En realidad, la misión concreta y perfectamente delimitada de la A.V.S.S. (“Air Vigilance Special Service”) era la de velar por la seguridad de los campos y las extensiones cultivadas de todas las zonas, y protegerlas de cualquier peligro que pudiese provenir del cielo. Entre esos peligros podían contarse las lluvias radiactivas, que los detectores Geiger de gran potencia acusaban en el acto, dando la alarma para evitar los daños radiactivos o sus posibles causas, los temporales imprevistos, que se desplazaban del lugar en peligro gracias a poderosas ondas anticiclónicas, creadas artificialmente por la técnica del hombre, y otros riesgos similares. Entre esos riesgos, naturalmente, no se descartaba el que representaba el hombre.

Piraterías, venganzas personales, simples robos o afanes destructores, como el que podía suponer un incendiario, un exterminador de plantas y frutos, siempre podían darse, por escaso que fuera su porcentaje en el censo humano. Y todo ello era celosamente vigilado por el flamante sistema de la A.V.S.S., de reciente fundación.

Rand Hallman había sido encargado de la torre de control aéreo de la cuenca del North Plate. Toda, la feraz extensión de los trigales de Nebraska, verdes e infinitos, toda la gran riqueza de las enormes arboledas, protectoras contra el polvo de los yermos y celosas guardianas así de la riqueza agrícola del Estado, aparecían bajo la mirada aguda de Rand Hallman. Y bajo la detección electromagnética de los instrumentos de alta precisión capaces de registrar en el cuadro detector de la moderna torre metálica, plateada, erguida sobre un armazón impresionante de vigas de acero, la más mínima sacudida meteorológica, el más leve rostro de vida humana o de elementos sospechosos en las alturas.

Hallman estaba satisfecho de su labor. Era una tarea solitaria la suya. A excepción de su magnífico perro de caza y su esposa Greta, nadie más le acompañaba en la vida ermitaña de la alta torre.

A su alrededor palpitaba la vida febril del siglo XXI, llena de grandes

realidades y de fascinantes promesas. Hallman, por la pantalla reducida de su televisor podía ver las noticias llegadas de cualquier rincón del mundo, los progresos técnicos y científicos de su era. Pero allí, entre la llanura y las montañas de Nebraska, la torre plateada de la Vigilancia Aérea era como un reducto de épocas remotas, como una extraña isla de Robinsones, perdida en un océano verde y exuberante.

Sin embargo, a Rand Hallman eso no le importaba grandemente. Era feliz con aquella vida. Hacía once meses que había elegido aquel destino, yendo a habitar con Greta el lugar. Un sitio apacible, sereno. Frío en las largas noches de invierno, cálido en los interminables días del verano. Pero la temperatura interior, acondicionada, y la hermética forma de cerrar las cabinas interiores, aislándolas por completo del exterior, hacían del lugar un refugio ideal para toda crudeza climatológica.

—¿Quieres café, querido? —preguntó Greta entrando en la cabina de controles aquella mañana, como cada mañana desde que ocuparon la torre.

—Sí, gracias —se volvió, apartando sus azules y serenos ojos del visor de largo alcance. Sonrió con gesto algo cansado, casi con preocupación—. Pero sin tostadas. No tengo apetito, Greta.

—¿Qué te ocurre, Rand? —inquirió ella, preocupada—. Eso es muy extraño en ti. Siempre has desayunado, desde que estamos aquí.

—Sin embargo, hoy no quiero. Deja el café y vuelve a tus cosas, por favor.

Greta se sorprendió. Afirmó con un movimiento de cabeza, sin querer forzarle más. Acaso los nervios de Rand se resentían por el prolongado encierro en aquella torre. Era comprensible, después de todo. No resolvería nada irritándole y quizás empeoraría las cosas.

Se retiró sin decir palabra, después de depositar la taza de café y la bolsita de azúcar en la mesa de Rand. Su marido siguió contemplando atentamente la distancia. Pero Greta no advirtió ninguna razón para tanto interés. Ni rastro de vehículos aéreos, ni nubes, ni siquiera indicios de un fuego forestal o cosa así.

Regresó por el corto corredor, tras cerrar herméticamente la puerta de la cabina, a su propio alojamiento. “Titán” jadeó alegremente, meneando su rabo con júbilo. Greta le sonrió, acariciándole la cabeza, antes de darle un terrón de azúcar.

—El amo Rand está preocupado y nervioso, “Titán” —le explicó, como si el perro pudiera comprenderla, aunque, a juzgar por la atención con que el animal le escuchaba, así lo parecía—. Seguramente esta vida de ermitaños tiene la culpa. Tenía que suceder un día u otro. Habrá que pedir el relevo, ir a otra parte. Rand debió comprender que una vida tan aislada del resto del mundo acaba por romperle a uno los nervios.

“Titán” ladró vivamente. Su alegría daba la impresión de haberse ensombrecido. Greta meneó la cabeza y fue a la cocina eléctrica, a retirar el pastel de aquella mañana. Era domingo. Y todos los domingos Greta hacía

pastel. Una fiesta era una fiesta, aún en aquel nido de águilas.

Tal vez a la hora de comer Rand estaría más tratable. Greta ignoraba las razones de su preocupación, y lo único que realmente la inquietaba era el estado de salud de Rand. Le amaba demasiado para permitir que le sucediera nada perjudicial.

Zumbó el llamador del teléfono sin imagen. No disponían de la línea corriente de visófono, teléfono con pantalla televisora para recibir la imagen del interlocutor situado al otro extremo del hilo. Había cosas que resultaban muy difíciles de obtener en tales condiciones.

Greta se encaminó al receptor telefónico. Lo alzó, interrogando:

—Estación de control de la A.V.S.S. número 142. ¿Qué sucede?

—Perfecta como receptora oficial —rio una voz jovial—. Hola, Greta. No llamo a la Estación de Control, sino a sus moradores.

—¡Bruno! —exclamó Greta, alegremente—. No te había conocido. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, Greta —respondió la voz masculina, optimista y despreocupada—. Las cosas siempre van bien. ¿Puedo hablar con "Ermitaño" Hallman?

—Pues... supongo que sí.

—¿Por qué lo dices de esa manera? —se intrigó el otro—. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Sólo que Rand está hoy un poco raro. Irritable, nervioso. Tal vez trabaja demasiado. O esta vida le va mal.

—Seguro —rio el llamado Bruno—. Sólo a Rand se le ocurriría meterse ahí. Pero ¿se encuentra enfermo?

—No lo creo. Espera, iré a llamarle.

Dejó el teléfono, volvió al corredor, y por él llegó a la cabina de control. Asomó, llamando a Rand. Éste aún se hallaba inclinado sobre sus aparatos visores de distancia.

—Rand, querido... —comenzó.

—¡Al diablo! —aulló Hallman, sin volverse—. ¿No dije que me dejaras en paz?

—Pero, Rand, es que se trata de Bruno. Bruno Leslie, desde Chicago... Está al teléfono y quiere hablar contigo...

—Pues ¡que se vaya también al diablo! —refunfuñó Rand, volviéndose con aire de enfado violento—. ¡Dile que ahora no puedo ir! ¡Estoy trabajando, y creo que seguiré trabajando un buen rato! ¡Por todos los demonios, déjame solo de una vez! Di a Bruno que llame otro día.

Greta, dolorida, retrocedió. Su mirada fue al café, que se enfriaba sobre la mesa, sin haber sido tocado. Luego cerró la puerta suavemente. Sentía ganas de llorar, en tanto caminaba hacia la habitación nuevamente.

Una vez allí tomó el teléfono. Habló sencillamente:

—Lo... lo siento, Bruno. Está imposible. Se ha enfurecido conmigo. Nunca le vi tan irritado. Ni siquiera ha tomado el café. Dice que llames otro día. Hoy tiene trabajo, aunque no comprendo qué puede ser. Está en los visores, sin moverse, y...

—Oh, bueno, Greta, déjale. Tal vez he sido un inoportuno al llamar ahora. Será mejor que haga lo que él dice. Llamaré mañana.

—Pero, Bruno, tú sabes que Rand es de otra manera. Nunca le vi tan furioso y...

—Está bien, Greta. No podemos pedir a la gente que sea siempre igual. A Rand le entusiasma su trabajo. Ahí estará la razón de todo. Déjale, y procura hacerle una buena comida. ¡Feliz domingo para todos! No me olvido de "Titán", por supuesto...

El perro ladró, como si su sensible oído hubiera captado el mensaje amigo. Greta sonrió a viva fuerza, se despidió, y acarició con afecto la cabeza del noble perro.

—Vamos, "Titán". Será mejor hacer lo que dice Bruno... Tal vez a la hora de comer Rand esté más tratable. E incluso nos pida perdón...

"Titán" ladró con renovadas fuerzas, como si quisiera expresar los mismos deseos.

* * *

Fueron los ladridos del perro los que orientaron un poco a la Escuadra Volante de la A.V.S.S., en su vuelo de inspección sobre la zona.

—Llegan de ese punto —refirió el piloto de la pequeña aeronave triangular, a reacción nuclear, señalando hacia el sudoeste—. El detector de sonido acusa la posición exacta del animal.

—¿Son con seguridad ladridos de perro? —inquirió el copiloto.

—Sí. Son ladridos, no hay duda. Y Hallman tiene un perro. Será el suyo.

—¿Fuera de la torre? Es extraño...

—Tal vez dejaron algo abierto y escapó. Vamos a recogerle. Luego iremos a la torre, a ver qué sucede. El silencio de la torre ha de tener su explicación, no hay duda.

—Sí, claro... En, fin, vamos allá. Aterriza en aquel claro, junto a los trigales. ¿Ves aquella aguja plateada, a cosa de veinte millas de aquí? Es la torre 142. Iremos a ella después.

El otro afirmó. El piloto, guiándose siempre por el sonodetector, maniobró la pequeña nave pintada de azul, con la banda roja y las siglas de la organización policial. Llegó sobre el claro, descendió rápidamente y tomó tierra con suavidad.

Los dos pilotos desenfundaron sus pistolas electrónicas de foco paralizante. Abrieron la portezuela, saltaron al exterior y avanzaron unos pasos. La brisa del mediodía de aquel lunes ondulaba suavemente los trigales. Todo respiraba paz. Era discordante imaginar nada anómalo o extraño. Pero su deber consistía en investigar el silencio de la Torre 142.

Los ladridos eran ahora normalmente audibles, sin necesidad de detectores eléctricos. Sólo que el oído humano no tenía la precisión de un aparato electrónico y no podían saber de dónde llegaban exactamente los ladridos insistentes, repetidos, del perro que deambulaba entre espigas y arbustos. Se hallaba cerca, pero ¿dónde?

—Creo que el perro de Hallman se llama "Titán" —dijo el copiloto—. Busca tú por ese lado, y llámale por su nombre. Yo buscaré por aquí...

Se separaron ambos hombres y cada uno inició la búsqueda por diferente sitio. Sus voces resonaron estentóreas en el mediodía, llamando insistentes:

—¡"Titán"! ¡"Titán"!... ¡Eh, "Titán", aquí...!

Los ladridos arreciaron. El piloto vio agitarse los trigales en la distancia. Algo se abrió paso entre ellos. Una forma oscura color marrón, saltó ante él de súbito. Unos ojos negros, centelleantes, se clavaron en él. Casi con humana insistencia e intensidad.

Era "Titán", el perro de Rand Hallman.

—¡"Titán"! —exclamó el piloto, inclinándose hacia él—. ¿Qué te ocurre?

El perro ladró. Luego, cuando el piloto del Servicio de Vigilancia Aérea intentó acariciar su cabeza, ocurrió algo extraño. El animal, siempre dócil, gruñó, exhibiendo sus dientes. Retrocedió, con ladridos furiosos, y se dispuso a escapar del piloto.

Éste alzó la pistola y apretó el resorte. Un chorro azulado brotó del arma de metal rojo. El animal quedó inmóvil, bajo los efectos del rayo paralizante, como una estatua. Luego el piloto se volvió, llamando con fuerza:

—¡Eh, Hopkins, aquí! ¡Ven enseguida!

Hopkins, el copiloto, corrió a través de los matorrales hasta reunirse con él. Encontró a su compañero inclinado sobre el perro inmóvil, acariciando su pelo.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó—. ¿Por qué paralizaste al perro, Lody?

—Iba a huir. Parecía asustado, extraño... He creído preferible retenerle. Y me da la impresión de que acerté. Mira esto. Toca aquí. Hopkins.

El copiloto lo hizo. Observó las manchas oscuras que salpicaban el pelo del perro, no lejos de la cabeza. Tenían un color cobre negruzco. Cambió una mirada rápida con Lody, el piloto.

—Parece sangre —observó.

—Es sangre. Lleva algún tiempo ahí. Y "Titán" no está herido.

—¿De dónde proviene entonces esa sangre?

—No lo sé, pero todo esto no me gusta. Vamos a ir a la torre de control y nos llevaremos a “Titán” con nosotros. De momento, lo mantendremos inmovilizado. No sabemos aun lo que sucede, ni lo que tiene el perro. Vale más ir sobre seguro y no correr riesgos, Hopkins.

—Como tú digas. En marcha, pues.

* * *

Greta Hallman estaba en la sala-vivienda, junto al fogón eléctrico. Yacía en su propia sangre. Algún objeto formidable, contundente, le había roto el cráneo en pedazos. El espectáculo no era agradable, ni mucho menos.

Hopkins y Lody se miraron, horrorizados. Tenían la faz lívida, desencajada. En el suelo, unas huellas de patas de perro trazaban un rastro de sangre hacia el corredor que conducía al cuarto de controles. Lo siguieron, con un mal presentimiento en el corazón.

El presentimiento resultó justificado. Allí estaba Rand Hallman. Había roto la conexión eléctrica de alta tensión aferrándose con sus manos al cable. Un extraño modo de suicidarse. Ahora, su cuerpo, retorcido, carbonizado, yacía contra la pared, aún aferrado al cable mortífero.

A sus pies yacía un instrumento pesado, una llave de conexiones magnéticas, con su parte extrema bañada en sangre. Había también cabellos adheridos, del mismo color claro de los de Greta.

—¡Es horrible! —jadeó Lody con voz quebrada.

—Dios mío, ¿qué locura fue esta? —habló como un eco Hopkins, estremeciéndose—. Mató a su mujer, se electrocutó él...

—Evidentemente, sólo la locura pudo provocar algo así. Rand amaba a su mujer. Ahora se explica el estado de “Titán”. El pobre perro presenció la tragedia, luego huyó, lleno de terror, sin entender nada de todo esto...

—Debió de suceder ayer, domingo. Pero Hallman era un muchacho normal. No logro entender una cosa así.

—Es inútil quebrarse la cabeza, Lody. No es cosa nuestra resolver el misterio. Eso le corresponde a la policía. Nosotros concluiremos nuestra misión cuando demos cuenta a la superioridad. Y eso será lo antes posible. En marcha... Aquí, por desgracia, ya no podemos hacer nada.



CAPÍTULO PRIMERO

CASOS AISLADOS



L análisis clínico de la mente de Rand Hallman cuando fue aceptado como miembro del Servicio Especial de Vigilancia Aérea, es totalmente favorable —informó el doctor Murdock, tendiendo un encefalograma y una ficha mental a su visitante—. Vea todo eso. Nuestro Departamento cuida de manera especial el equilibrio orgánico, mental y físico del individuo, dada la soledad en que, la mayor parte de las veces, realiza su labor observadora. Rand Hallman no era un tipo nervioso ni irritable. Sus exámenes fueron brillantes, así como los informes previos de sus centros de estudio.

—¿Sin posibilidad alguna de un ataque de locura?

—Sin la menor posibilidad.

—¿Ni tampoco de ataques de irritabilidad o nerviosismo extremo?

—Ya se lo he dicho. Sin nada de eso, señor. La razón de lo ocurrido en esa torre debemos buscarla en otras causas —aseveró el doctor Murdock, muy seguro de sí mismo.

Bruno Leslie se sintió irritado por la seguridad con que se expresaba el médico. Y se decidió a desmoronarla con unas simples palabras dichas despreocupadamente:

—Pues yo, doctor Murdock, hablé el domingo con Greta Hallman. Y ella me informó, muy preocupada, del estado de su marido. Me dijo que estaba

nervioso, irritable, distinto a como era siempre. Ni siquiera aceptó hablar conmigo... a pesar de que éramos amigos desde hace años. ¿Comprende ahora mis razones para interrogarle? Yo conocía a Rand mejor que usted, doctor. Y nunca hizo nada anómalo ni mostró indicios de nerviosismo. En cambio, súbitamente, sucedió algo allá, en la torre de control, y Rand Hallman mató a su mujer, se mató él y acaso hubiera matado antes a su perro, a su querido "Titán", a pesar de que en circunstancias normales hubiera dado la vida por él. Pero esto también sucedía, en mucho mayor grado, con Greta, a la que amaba intensamente. Y Greta está muerta. Murió a sus manos.

El doctor Murdock parpadeó, desconcertado. A pesar de todo, quiso aferrarse desesperadamente a su teoría:

—No hay la menor seguridad ni confirmación de que eso fuese lo que ocurrió, señor Leslie.

Bruno dijo:

—Yo sé que ocurrió así. He estado allí hoy, junto con otros compañeros del SIP. Usted sabe que ahora el caso está en nuestras manos, ya que la Vigilancia Aérea corresponde a la jurisdicción de nuestro Cuerpo. Y un hecho de sangre que les afecte, pasa a ser un caso para la Spacial International Police. He visto lo ocurrido, he investigado. Es evidente que nadie absolutamente entró en la torre y que, por lo tanto, no hubo ningún elemento extraño mezclado en la tragedia. Todo ocurrió allí dentro. No hay duda de que Rand mató a Greta, terminando luego con su propia vida. Esto sólo pudo suceder por una razón: Rand enloqueció. Lo que yo quiero saber es: ¿por qué? ¿Cómo pudo suceder eso?

—Yo no puedo certificarle que las cosas ocurrieran conforme usted cree. Es más, mi Departamento sustentará una teoría totalmente opuesta, y rechazará en todo momento la posibilidad de que un funcionario nuestro sufriese semejante enajenación mental.

—Su Departamento, doctor Murdock, puede hacer lo que guste —dijo con sequedad Bruno Leslie—. Pero la verdad sólo tiene un camino. Y lo que a mí me interesa es la verdad...

Se inclinó en señal de gratitud, devolviendo el encefalograma y los datos técnicos sobre Rand, archivados en el Departamento Clínico de la A.V.S.S. Luego abandonó la estancia.

* * *

—Usted es el único que ha logrado aproximarse a él sin que se enfureciese ni pretendiera eludirlo.

Asintió Bruno Leslie con un pensativo movimiento de cabeza, fija su mirada en el perro. "Titán" le contemplaba tristemente a través del cristal de la cámara en que había sido recluido, tras su hallazgo en la campiña de Nebraska y su examen veterinario, que no acusó síntomas peligrosos en el fiel animal que fuera de Rand Hallman.

—"Titán" y yo siempre fuimos buenos amigos —declaró el joven y

atlético agente norteamericano de la Spacial International Police, la organización policíaca internacional, con sede en Washington. La SIP estaba regida por Donald Callowan y velaba por la paz y seguridad de los espacios a través de unos hombres y unos métodos técnicos realmente portentosos. Bruno Leslie era uno de sus agentes especiales, uno de los hombres que, bajo las siglas de la SIP, cuidaba del orden internacional y espacial.

El perro parecía mirarle con avidez, como implorando de él un poco de amistad. El pobre “Titán” parecía advertir que ya no tenía otro amigo en el mundo que Bruno Leslie. El joven agente le sonrió.

—No te preocupes, “Titán”, amigo —le dijo—. Cuando te den de alta en Veterinaria vendré a por ti. A Rand le gustaría saber que estás bien atendido, muchacho.

Dentro de su cámara de muros transparentes, “Titán” ladró. Sin ira ni desesperación, como si realmente le comprendiera y le agradeciera la promesa. Bruno se alejó de la cámara.

—Me gustaría ser perro. O entenderlos —comentó huraño—. Al menos, en este momento.

—¿Por qué dice eso, Leslie? —sonrió el veterinario Mulligan, con aire divertido—. Ese animal parece comprenderle a usted perfectamente, a pesar de que usted no es un perro.

—Pero yo a él no le entiendo. ¿Se da cuenta, Mulligan? “Titán” lo presenció todo. Vio morir a su dueña, vio matarse a su amo. Sufrió el horror del momento, que le dejó una extraña huella de recelo, de furia. Luego escapó. Y hubiera vagado por ahí, quizás hasta volverse rabioso, de no dar con él los pilotos del vehículo patrullero espacial. Sería maravilloso poder penetrar en él, saber lo que vio, lo que presenció con sus ojos de animal inteligente y leal.

—Desde ese punto de vista, sí, comprendo su afán. Pero es imposible que un perro nos diga lo que vio. Habrá de descifrar el enigma por sí mismo.

—Ahí está lo peor —suspiró Bruno Leslie—. No seré yo quien lo haga. El SIP nombrará a otros agentes para encargarse del caso. Si yo me ocupo ahora de las investigaciones previas es tan solo por mi amistad con el infortunado Rand Hallman. Pero después otro se ocupará oficialmente de continuarlas, por nombramiento superior. Y a mí me enviarán a lo mejor a Marte, a la Luna o a Venus, a investigar cualquier otra cuestión que no me afecte lo más mínimo, Así son las cosas. Uno no puede ir al jefe y pedirle un determinado caso; va contra el reglamento.

—Le entiendo, Leslie. ¿Qué piensa hacer entretanto?

—No hay nada que hacer, en apariencia. En un vulgar caso delictivo existen unos sospechosos, unos hechos, unas personas a quienes interrogar. Aquí no. No hay culpable, porque el único que había ha muerto ya. No hay testigos, salvo un perro que no puede hablar. Y no hay motivos. Solamente un ataque súbito de locura puede justificar lo que sucedió. Pero... ¿cómo se volvió loco de repente Rand Hallman, que era un nombre perfectamente

equilibrado?

El veterinario se encogió de hombros, confesando su ignorancia. Bruno Leslie, casi sin hacerle caso, hundió las manos en sus bolsillos y, con la cabeza encogida entre sus hombros, se encaminó al exterior.

El misterio de la Torre de Control 142 de la A.V.S.S. continuaba. Y Bruno no veía el modo de llegar a su aclaración.

* * *

Todo el mundo apreciaba a Rock McDale. Y él apreciaba a todo el mundo.

Era fuerte, atlético y bonachón. Su profesión de siempre era la de cortar madera. Todavía, en la nueva era mundial del año 2000, con todo su progreso, la madera seguía siendo un elemento imprescindible para la civilización. Y los poderosos troncos de los bosques de Oregón eran una fuente de riqueza incalculable.

En una época vertiginosa de aerocohetes, naves del espacio y superciudades, todavía existían gentes como Rock McDale. Leñadores, hombres fornidos y sencillos, que podían talar con facilidad un tronco gigantesco o romperle a uno la mandíbula a puñetazos. Sólo que Rock McDale era de los que utilizaban su potencia física en la simple tarea de derribar troncos.

Así, día tras día, Rock terminaba su labor en los densos bosques y volvía a su pequeña cabaña de la cumbre, donde aguardaban su esposa, su hermano y también su hijo, el pequeño Rockie, que el día de mañana sería un nuevo Hércules como su padre, dispuesto a vencer a los monstruos de madera erguidos en las laderas boscosas.

Rock McDale, mientras subía la rampa, silbaba alegremente. Era domingo y no había trabajo, naturalmente. Rock, a pesar de todo, llevaba su hacha, su camisa de franela a grandes cuadros rojos y negros, su indumentaria cuyas características no habían cambiado a lo largo de años y años.

Era como el cartero del viejo proverbio chino, que en su día festivo se iba de paseo. Él, en sus días de fiesta, no podía abandonar el hacha, y se dedicaba a cortar madera por simple placer.

Aquel domingo no fue una excepción. Si dejaba el trabajo antes de tiempo era por aquel repentino dolor de cabeza que le había provocado irritación y le hizo regresar a casa, disgustado por la indisposición. Pero ahora el dolor había desaparecido y por eso silbaba con jovialidad, feliz por volver a encontrarse bien. Su salud era muy importante. Ningún leñador puede seguir siéndolo si le falla la salud.

Se detuvo en la pendiente al sentir una viva punzada en la sien. Maldijo entre dientes. Otra vez aquella molestia... Soltó el hacha y se frotó las sienes con enfado. Esperaba que aquello no tardaría en pasarle. Pero era una sensación molesta, muy molesta. Él no era un hombre irritable y, sin embargo...

Miró hacia las altas copas verdes, que casi cubrían por completo el cielo

tras la densidad de sus ramajes. Hacía un buen día. Frío y seco, como siempre en aquellas zonas. El aire cortaba la piel, era saludable y con olor a resina y vegetación.

Se inclinó. Tomó de nuevo el hacha, notando que el punzante dolor de sienes empezaba a desaparecer. Volvió a iniciar su alegre silbido, algo menos alegre que de costumbre. Sus largas y macizas piernas reanudaron la marcha, montaña arriba.

El sol tibio parecía derramarse en polvillo dorado sobre los árboles, filtrándose por sus encajes de ramas y hojas hasta llegar a la cabellera ondulada, crespa y abundante, de vivo color rojo, de Rock McDale.

Ante los ojos del leñador apareció la casa de la cima con sus muros de troncos, su empinado tejado y su aire hogareño. En la puerta, con sus oscuras ropas dominicales, su hermano Herb instalaba las antenas del nuevo televisor tridimensional. Después de todo, era el Siglo XXI. Algún progreso había de tener también el leñador, el hombre tosco de las cumbres. Ahora la energía eléctrica podía producirse en los propios televisores, sin necesidad de tendido eléctrico. Lo mismo que las luces, accionadas por una batería solar condensada. Eso era el progreso.

Pero, aparte de esos pequeños detalles, como les llamaba Rock, la vida seguía siendo la misma. Y un hombre no necesitaba más que las cumbres, los árboles y el aire de luz dorada, con olor a pinos, para ser feliz.

—¡Eh, Rock! —llamó jovialmente Herb, al distinguirle, agitando un brazo —. ¡Ven, te voy a necesitar en esto!

Rock no respondió. Seguía avanzando, como nimbado por el dorado polvillo de la luz matinal. Miraba a Herb, su hermano. Luego, su mirada fue a la puerta de la cabaña, donde su mujer, Helen, había aparecido con el pequeño Rockie entre los brazos, radiante de verle de nuevo allí. Como le ocurría siempre...

Era una idea estúpida, monstruosa... pero, de repente, Rock McDale, el hombre sencillo y noble, el leñador fuerte y amante de los suyos, estaba pensando en lo agradable que sería matar. Matar a Herb, a Helen... ¡a todos!

Seguía avanzando. Enarbolaba el hacha... Herb y Helen le sonreían, dándole la bienvenida...

* * *

—¿Qué es lo que desea pedirme, Leslie?

—Señor, me han informado de que David Winters va a ser encargado del caso de Rand Hallman.

Donald Callowan sonrió con una parte de la boca, mientras mordía pensativamente el extremo de su cigarro. Luego, estudió larga y silenciosamente a su interlocutor, erguido ante él, en el despacho del jefe supremo de la SIP.

—Eso no ha tomado aún estado oficial —observó con gravedad—. ¿Por qué le preocupa?

—Señor, yo era amigo de Rand. Su mejor amigo. Me... me gustaría descubrir lo que ocurrió. Incluso es posible que me resultara más fácil ahondar en ello. Conocía muy bien a Rand...

—Ya sé todo eso, Leslie. Y comprendo perfectamente su interés por el caso. Pero la SIP no puede guiarse por sentimentalismos, amistades y todo eso. Como usted bien ha dicho, Winters será encargado del caso. El hecho de que usted fuese amigo de Hallman no varía en nada la decisión superior.

—Pero, señor, yo...

—Déjeme terminar, Leslie. Es usted buen agente, un magnífico agente. Le autorizaría a investigar la extraña locura de su amigo... sí fuera solamente eso lo que tenemos entre manos.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Sencillamente, Leslie, el caso de su amigo Hallman no es único. Un hombre llamado Rock McDale, leñador de Oregón, persona muy querida y admirada, hombre noble, afectuoso y equilibrado a toda prueba, asesinó ayer a hachazos a su hermano y a su esposa, en un rapto de locura, y luego se mató él, arrojándose a un barranco inmediato... Un niño de corta edad, hijo suyo, fue hallado en tierra, junto al cadáver de su madre, pero sin sufrir daño. Lloraba desesperadamente: nadie más que él presenció la espantosa tragedia.

—¡Cielos! ¿Otro caso de locura? Pero no puede tener relación con el de Rand...

—¿No? Sin embargo, las circunstancias son parecidas. Un hombre normal, sano y fuerte... Un lugar solitario... Ataque a seres queridos... Suicidio final...

—Y un testigo que no puede hablar. Primero un perro; ahora, un niño —completó Leslie con un suspiro—. Si queremos encontrar coincidencias, esa es una...

—En efecto, lo es. Y aún hay más. El drama ocurrió en domingo... Lo mismo que el de Rand.

Leslie parpadeó. Eran demasiadas coincidencias y ya no se sintió con ánimos de burlarse. En vez de ello contempló a Callowan desconcertado, y terminó por declarar con voz sorda:

—Discúlpeme, señor. Creo que me precipité, en ese caso. Las apariencias son de que el problema se complica y pierde excepcionalidad. ¿Alguna, teoría, algún indicio en el nuevo caso?

—Ninguno, Leslie —suspiró Callowan, encendiendo su cigarro, que se había apagado—. Cuando Winters se haga cargo del asunto, veremos lo que averigua.

—Ya —inclinó la cabeza Bruno Leslie. Inició la retirada, respetuoso—. Disculpe mi demanda, señor. Comprendo que le he importunado...

Llamaron a la puerta. Callowan dio permiso para entrar, y uno de los funcionarios del SIP entró con paso rápido, con un papel en la mano. Lo tendió a Callowan, mientras Leslie se disponía ya a salir.

—¡Un momento, Leslie! —exclamó el jefe de la SIP con voz abrupta—. ¡No se vaya aún! Lea esto —pidió, con voz ronca, tendiéndole el papel—. Se

ha repetido...

Con una exclamación, Leslie se abalanzó sobre el informe. Casi lo arrancó de las manos del jefe de la SIP. Sus letras, impresas por el "télex", casi brincaron ante sus ojos excitadas:

"Campamento minero Adirondacks, extraña epidemia locura. Hombres se atacaron unos a otros, con picos, palas o rifles. Doce muertos, seis heridos que fueron brutalmente rematados. Cinco supervivientes, que después se mataron arrojándose al cercano torrente o ahorcándose en los árboles inmediatos. Sucedido domingo mañana. Idénticas circunstancias de lo ocurrido con Rand Hallman, en Dakota, y lo del leñador McDale, en Oregón. Por eso pasamos informe SIP. Firmado: Walter R. Cochran, de la Policía del Estado de Nueva York".

—¡Dios mío!... —fue lo único que atinó a decir apagadamente Leslie. Y de su mano cayó el papel a la mesa del jefe supremo del SIP.

—Ahora ya ve cómo están las cosas. El asunto se complica por momentos. Leslie, ¿aún pensaría usted en ocuparse de investigar una pesadilla así?

Bruno meneó la cabeza afirmativamente, con una energía incontenible.

—Más que nunca, señor. Sólo lamento no poder estar encargado de este caso. Creo... creo que hay algo raro detrás de todo eso. Algo... que no es natural. Y me gustaría saber qué es. La razón de esa locura homicida ha de estar en alguna parte.

—Muy bien —suspiró Callowan—. Estamos de acuerdo en principio, Leslie. Me gusta estar en principio de acuerdo con la gente, porque eso, indica que el acuerdo puede subsistir luego. Queda usted encargado especialmente de este caso.

Por un momento, Bruno Leslie parpadeó sorprendido, sin lograr asimilar del todo la brusca frase de Callowan. Masculló, tras una pausa:

—¿Qué... qué ha dicho?

—Ya me ha oído, muchacho. Me agrada que una persona coincida con mis teorías, si estas son lógicas. He visto también algo muy raro en el asunto. No acaba de gustarme nada de cuanto sucede. Ignoro si Winters poseerá su sutileza. Por ello me ha convencido usted, Leslie. Más que cualquier demanda, más que sus buenos deseos de hacerse cargo del asunto, me convence una mente fría, razonadora y aguda. Usted es la persona que merece llevar el caso.

—Puedo fracasar. O, simplemente, estar equivocado en mi teoría, que es la suya —sonrió Leslie.

—Claro que sí. Pero eso no afectará al caso, Leslie. Inicie las investigaciones. Winters se ocupará de otro asunto.

—Gracias, señor —dijo simplemente Leslie—. Muchas gracias... por tener fe en mí. Procuraré no decepcionarle. En la medida de mis fuerzas, naturalmente... y si estos casos aislados de locura no son realmente un simple

problema médico, fuera de nuestra órbita.

Saludó a su jefe, y encaminóse a la salida del despacho. Pero, antes de llegar, se detuvo un momento, volvióse hacia Callowan y preguntó:

—Señor... ¿puedo hacerle una última petición?

—¿Otra? —sonrió el jefe de la SIP—. Adelante. ¿Qué es ello?

—Se trata de una muchacha, señor... Debo visitarla antes de...

—¿Su novia?

—Bueno... Casi, casi...

—Comprendo, Leslie —Callowan movió afirmativamente la cabeza—. Vaya a verla. Pero le pido una cosa: no le refiera nada de esto a ella. Dígale que va a cumplir una misión especial, de carácter secreto. Nada más.

—Naturalmente, señor. Ya pensaba algo así. Después de todo, aún ignoramos contra qué hemos de luchar. Vale más adoptar precauciones... Puede confiar en mi discreción.

—Y confío, Leslie, confío... No necesita incorporarse a la tarea hasta mañana —miró su reloj, con una sonrisa humana y comprensiva—. De modo que tiene unas cuantas horas a su disposición. Esta noche puede llevarla a un teatro o a un estereocine. O a un baile, no sé. Creo que la juventud, por mucho que progrese el mundo, siempre seguirá prefiriendo el baile a todo lo demás.

—Sí, señor —afirmó Bruno Leslie con una expresión risueña—. Hay cosas en las que el tiempo no puede influir. Sobre todo, en el hombre y en la mujer...

CAPÍTULO II

E L S A



REO que te voy a echar de menos, Bruno.

—Lo sé, querida. Y yo a ti. Pero pertenecer a la SIP tiene también sus inconvenientes. Es preciso cumplir siempre con el deber. Algo molesto, pero absolutamente necesario.

—Bruno, me hubiese gustado tanto que estos días te hubieses quedado aquí... Tú sabes lo que ocurre. Faltan pocos días para mi cumpleaños, el aniversario del día en que nos conocimos, ¿recuerdas? Fue el año pasado en Londres, cuando acompañé a papá a la Convención Quinquenal de Expertos del C. U. D.

—No puedo olvidar eso, Elsa. ¡Ojalá pudiera quedarme! Pero tengo instrucciones de mis superiores. Debo iniciar unas investigaciones, desplazarme de acá para allá, permanecer alejado, quizá durante varias semanas, de Nueva York y de mi círculo habitual de relaciones. Entre ellas, estás tú en primer lugar, Elsa. Pero los sentimientos nunca valen gran cosa ante la llamada del deber, tú lo sabes. Uno tiene que acallarlos y aceptar lo que los jefes ordenan.

—Por supuesto, Bruno —Elsa Brooks oprimió sus manos, largas y sensitivas. Giró ligeramente la rubia cabeza, contemplando a Bruno con una expresión entristecida en sus pupilas azules y limpias. Su boca roja, carnosa, dibujó un gracioso mohín de contrariedad—. En fin; conformidad. Todos somos un poco esclavos de los demás. Del progreso, de la ciencia, del mundo de hoy, tan febril y lleno de actividad... Papá lo dice siempre. A este paso, terminaremos todos locos.

—Locos... —Bruno, sin querer, evocó el caso que pronto iba a iniciar. Locos. Sí, tal vez fuera solamente eso; producto de una era excesivamente civilizada. Algunos periódicos lo habían llegado a sugerir o afirmar. Pero ellos no podían hacer caso de sugerencias. Tras una pausa, prosiguió, con voz grave —: Es posible que tu padre tenga razón, Elsa. Sin embargo, aún no ha llegado ese día. Y mientras estemos cuerdos debemos seguir el ritmo de la cadena que nos liga al sistema mundial de colectividad.

Elsa asintió, reflexiva. Estaba muy bonita con el blanco uniforme plastificado de la Sección Doce del edificio del C. U. D., y las iniciales destacando sobre su agresivo busto juvenil, con letras fluorescentes bajo el

número de su placa de identificación.

Como todos los pabellones y todos los sistemas de investigación científica, técnica o militar, el Climatology Universal Departament, o Departamento Universal de Climatología, dependía directamente del control central de los Estados Federados, y una rigurosa organización mundial mantenía todo ordenado, supervisado y dirigido, para evitar errores, individualidades funestas y factores que, en el pasado de la Humanidad, habían contribuido a complicar las cosas, más que a perfeccionarlas.

Bruno se acercó a Elsa. Junto a ella, se asomó al amplísimo mirador circular del edificio, de grandes vidrieras plastificadas, asomando a la gran urbe. Nueva York parecía como un gigantesco hormiguero de bellísimos y altos edificios, proyectando su audacia vertical hacia las alturas azules.

Arriba, en el espacio, las naves espaciales de cortos o largos trayectos, los aerocohetes y las carreteras serpenteantes que, como sacacorchos de plata, se enroscaban en torno a las más altas torres urbanas, formaban el tráfico aéreo, mucho más importante, en el siglo XXI, que el visible a ras del suelo, donde solamente peatones y turbomóviles de superficie se veían, salpicando las amplísimas avenidas, de una belleza urbana impresionante, como jamás imaginó el hombre en el pasado.

Ambos jóvenes, acodado el uno junto al otro en la barandilla de superficie esponjosa, se miraron un momento a la luz dorada del atardecer. Una idea pasó, fugaz, por la mente de Bruno Leslie. Preguntó a la muchacha:

—¿Tu padre está en el Departamento ahora?

—Sí. Casi siempre está allí, salvo en los breves períodos de vacaciones o en los fines de semana. Están trabajando en el nuevo sistema de calefacción y refrigeración del aire en las grandes extensiones sin necesidad de muros protectores, que quizá nos lleve a dar un clima artificial maravilloso a ciudades y campos.

—Entiendo —sonrió Leslie—. El gran profesor Brooks y su hija, siempre trabajando por el bien de la civilización.

—Nos obligan —rio ella—. Todos trabajamos aquí para eso. Como tú en tu querida SIP. Vosotros investigáis delitos internacionales y espaciales, misterios policíacos... Nosotros investigamos misterios climatológicos, delitos de los que son culpables el frío, la humedad, el calor, la sequía o los temporales. Sólo que nosotros no podemos meter en prisión a esos delincuentes. Sólo nos está permitido atacarles... y vencerles, si ello es posible...

—Te hice esa pregunta, Elsa, porque me gustaría preguntarle algo a tu padre. Nadie mejor que él para contestarme confidencialmente.

—¡Oh, claro! Sí deseas saber alguna cosa, que sea sobre el clima, por supuesto, ven conmigo. Iremos a ver a papá en los laboratorios de experimentación. A ti no tendrá inconveniente en recibirte, Bruno.

—Gracias, Elsa. Vamos, entonces. Esta noche supongo que podrás salir.

—Papá tampoco pondrá obstáculos a eso. ¿Adónde iremos?

—Puedes elegir, querida. Hay teatro, algunos programas de estereocine bastante sugestivos... y baile, con una música maravillosa, en mil salones de Nueva York.

—Me inclino por el baile, Bruno.

—El baile... —suspiró el joven agente de la SIP—. Evidentemente, Donald Callowan conoce muy bien a la especie humana.

* * *

Era alto, esbelto, bien parecido y no muy mayor. Si Elsa tenía veintidós años, el profesor Brooks no pasaría de los cuarenta y cinco. Se conservaba joven, firme, con una expresión enérgica e inteligente en sus ojos oscuros, una juventud atractiva en el rostro macizo, de tez bronceada, que enmarcaban los negros cabellos, salpicados por algunas canas plateadas que aumentaban su varonil atractivo.

Estrechó con calor la mano de Bruno Leslie, cuando Elsa lo introdujo en su cámara de trabajo. También el padre de la joven lucía su uniforme blanco, plastificado, con las siglas del C. U. D. y su número de orden en la organización científica.

—Encantado de verte, Bruno —sonrió el profesor Lukas Brooks, lleno de cordialidad—. Elsa me ha contado ya que pensáis celebrar su día de cumpleaños con una fiesta magnifica y...

—Lo malo, profesor Brooks, es que los planes han sufrido una alteración —le atajó Bruno—. Tengo trabajo ahora, y habré de ausentarme. No podremos celebrar esa fiesta, por desgracia.

—Oh, entiendo. ¿Deberes profesionales?

—Sí.

—Bueno, después de todo, ese mal nos afecta a todos —rio Brooks de buena gana—. No creo que a Elsa le preocupe mucho esta contrariedad. Luego os sobrará tiempo para celebrar todo lo que queráis.

—Claro, profesor. Estamos resignados. Esta noche le he pedido si puede salir...

—Sí, Bruno. Podéis ir adonde queráis. Yo he sido joven —sus ojos adquirieron un opaco aire de tristeza, clavándose en la distancia, en un remoto punto, invisible para los demás—, y comprendo bien lo que se siente. La madre de Elsa y yo nos quisimos mucho. Ahora no está aquí para seguir alegrándome la vida. Tan sólo quedó Elsa. Pero, por fortuna, ella me ayuda a olvidar. Es una gran muchacha, Bruno.

Leslie asintió. Sabía que él profesor Brooks había perdido años atrás a Loraine, la madre de Elsa. El golpe había sido muy rudo para él. Pero Elsa, como él mismo decía, le ayudaba mucho a soportarlo.

—Disculpe si he venido a molestarle, profesor —dijo, tras una pausa, cambiando radicalmente de tema—. Pero tenía interés en averiguar algo. Es confidencial y solamente usted puede proporcionármelo. O mejor dicho, nadie con más confianza y secreto que usted.

—Adelante, Bruno. ¿Habla el hombre o el agente de la SIP?

—El hombre, ante todo. Esto es extraoficial, pero quizá también el agente de la SIP pueda, en su día, tener parte en la pregunta:

—Me intrigas, pero no haré preguntas. Vamos, di lo que deseas.

—Quisiera el boletín meteorológico, exacto y detallado, de ciertas fechas y lugares del país.

Lukas Brooks, perplejo, enarcó las cejas, mirando a Bruno con extrañeza. Luego, al comprender que hablaba en serio, objetó:

—Muy bien. Lo tendrás. ¿De veras es eso lo que deseas?

—Por extraño que le parezca... sí.

—Bueno. Pues dime, entonces, qué clase de boletines, la fecha y emplazamiento de nuestros Centros Meteorológicos, deseas concretamente.

—Enseguida, profesor —frunció el ceño, recordando algo. Y añadió—: Tome nota, profesor. El primer boletín que deseo es el de la zona oeste de Nebraska. El segundo, del noroeste de Oregón. Y el tercero, de la región sur de los Adirondacks. En cuanto a las fechas exactas, el del último domingo para los Adirondacks y Oregón. Y el del domingo anterior para Nebraska. ¿Cree que le será posible proporcionármelos?

Brooks meneó la cabeza, tras una pausa llena de perplejidad. Tocando un botón de su mesa de trabajo, respondió con sencillez:

—En menos de cinco minutos, los electrógrafos nos habrán dado las fichas exactas de lo que pides, Bruno.

* * *

—¿Sacaste algo en claro de las fichas que mi padre te proporcionó, Bruno?

—Si te he de ser sincero, aún no las he estudiado —sonrió Leslie, llevando a su ligera y grácil pareja a través de la sala rodeada de grandes columnas y con una bóveda transparente, que permitía contemplar los astros en el azul cobalto, luminoso, de la noche neoyorquina—. Esta noche no quiero que ninguna preocupación me nuble la felicidad de tenerte en mis brazos, Elsa...

—Gracias, Bruno —suspiró ella, inclinando su rubia cabecita en el hombro varonil, dejándose llevar a través de la sala, entre los fuertes y cariñosos brazos del hombre—. Eso me hace muy feliz...

La música, sonaba, tenue, pero melodiosa, casi embriagadora. Llegaba de todos los rincones, emitida por la invisible orquesta y repetida por la alta fidelidad de los altavoces estereofónicos, dispersos estratégicamente por la gran sala del Dancing Paladium, de Manhattan, última maravilla en el terreno de diversiones juveniles. En sus diversas plantas, dedicadas por entero a la música, se podía bailar, desde el ya viejo, pasado, rock, charlestón o fox, hasta las modernas melodías o las músicas abstractas, ruidosas y extrañas, que también tenían sus adeptos. Allí nadie entraba que no fuera a divertirse, lisa y llanamente. Había también, en la planta inferior, el local de diversiones, con sus pistas aéreas y sus atracciones ultramodernas, auténticas maravillas de electrónica y mecánica. Y las largas barras de los puestos de bebidas, donde

se servía de todo, para todos.

En aquel paraíso musical y alegre del Dancing Paladium, Bruno Leslie trataba de olvidar, que, como cualquier agente de la SIP sometido a la rígida disciplina de su organización, al día siguiente iniciaría las investigaciones que él mismo solicitara de sus superiores, dejando sola a Elsa Brooks en el Departamento Universal de Climatología, sumergida en su labor investigadora, tan diferente a la suya.

Así era el mundo del siglo XXI. Trabajo, trabajo y trabajo. Todos trabajaban para todos. El Progreso no conocía frenos. Y si se quería que siempre marchara adelante, sin obstáculos en su complejo y gigantesco engranaje universal, era preciso que todos y cada uno aportaran su labor, su brazo o su mente a la general pugna por un mundo mejor, lema de la Humanidad de siempre, pero anteriormente convertido, por desidia de muchos, por ambición de otros y por torpeza de los más, en una mera utopía. Ahora, el mundo había encontrado su camino. Una senda de paz común, de ciencia y de fraternidad bien entendidas.

Él podía ser un engranaje más en aquella máquina. Pero, llegado el caso, cualquier agente de la Spacial International Police era capaz de llegar a ser el engranaje-clave, la pieza más precisa y definitiva en el todo armónico del mundo actual. El delito existía siempre. Extirpar esa amenaza, destruir a un criminal superior o a un delincuente de gran poder, podía significar, lisa y llanamente, salvar a la especie humana de un peligro mortal.

Por eso era preciso luchar, estar siempre alerta. El hombre no puede esperar cómodamente su máximo progreso... porque la destrucción, el caos, puede sorprenderle todavía en pleno descanso.

Solamente ese sentido de su deber podía alejarle de Elsa. Ella era una muchacha bella, inteligente y sensible. Sentíase profundamente atraído por ella. Estaba seguro de que podía amarla fácilmente. Demasiado fácilmente. Bastaba proponérselo, pensar solamente en ella.

Bruno Leslie, como cualquier otro agente de la SIP, poseía un gran control de sus emociones, un autodominio mental que llegaba incluso a poder combatir, en caso de peligro, la hipnosis, la sugestión y los poderes telepáticos. Ese autodominio era el que le mantenía un poco apartado de ella aún. No sabía que nunca podría ya desligarse del influjo femenino, turbador y espléndido, de la bella Elsa Brooks, la muchacha maravillosa a la que llevaba ahora entre sus brazos.

Dejaron de bailar al terminar una pieza suavísima, melodiosa y turbadora. Se encaminaron a la amplia galería circular que, rodeando la torre del Dancing Paladium, asomaba su ancha franja metálica, paseo aéreo sin barandillas, al espacio de la gran ciudad, con sus rascacielos rozando las nubes. Parecía un lugar inseguro, del que cualquiera podía caer al vacío. Pero era una impresión engañosa. Una invisible franja magnética hacía retroceder, con un impulso seco y enérgico, a cualquier imprudente o descuidado que llegase demasiado cerca del filo de la plataforma aérea asomada a la pléyade

de luces, avenidas rutilantes, canales centelleantes de luz y denso, fascinante tráfico aéreo.

Pasearon en silencio un corto trecho. Elsa se detuvo, contemplando desde aquella gran altura, con aire fascinado, la visión prodigiosa de la gran urbe en la noche. Bruno lo hizo a su lado, acercó su rostro a la cabeza dorada de la joven y un suave y fresco perfume llegó hasta él, mezclado con el aroma del cuerpo juvenil y femenino.

—¿Triste? —preguntó Leslie.

—Un poco.

—¿Por mi marcha?

—Sí.

—No seas tontina. Volveré pronto, Elsa.

—Tu oficio nunca es seguro. Sabes que vas a alguna parte, pero nunca si volverás. Tampoco yo lo sé, Bruno.

—Eso... eso es algo inevitable. Después de todo, el mundo entero sabe que va a alguna parte. Y nunca si volverá de ella.

—Es distinto, Bruno. Tú te enfrentas al peligro, corres enormes riesgos...

—Alguien ha de correrlos, para que otros vivan en paz y estén protegidos. Ocurrió siempre, Elsa.

—Eso no podría consolarme... si llegara a perderte, Bruno.

—Gracias, Elsa. Procuraré que eso no ocurra. Volveré, ya lo verás. He corrido otros peligros, antes de conocerte a ti, y siempre salí adelante.

—Bruno, ¿piensas seguir mucho tiempo en la SIP?

—No sé. Nunca lo he pensado. Tal vez... tal vez hasta el día en que me case.

—¿Entonces dejarás la policía? —Elsa se volvió lentamente hacia él.

—Forzosamente —sonrió Bruno Leslie—. Nuestro reglamento es rígido en eso. Todo agente que se casa, es baja automática en la SIP.

—Al menos, tu esposa no sufrirá, Bruno.

Le estaba mirando fija, profundamente. Leslie se inclinó bacía ella. Habló sin separar sus ojos de las pupilas celestes, profundas y bellas de la muchacha. Lo que dijo salió de su corazón. No había mente capaz de controlarlo.

—Esa mujer... serás tú. Elsa. Si es que lo deseas...

—¡Oh, Bruno...!

Se unieron y se enlazaron sus brazos. Sus labios se aproximaron hasta fundirse.

La ciudad, una mancha de millones de luces a sus pies, era como un colosal, fantástico testigo indiferente...

CAPÍTULO III

EL PRINCIPIO DEL CASO


ELEBRO verte, Bruno. Entra, por favor...

Bruno Leslie inclinó la cabeza y pasó junto a la persona que le invitaba a entrar. Se cerró la puerta tras él y Bruno Leslie se detuvo en medio de la estancia, girando la cabeza, muy despacio.

—Ada, no deseaba venir a molestarte —dijo a la mujer de rostro grave, taciturno, que aparentaba diez años más de los que realmente tenía—, pero creo que no hay más remedio.

—Sí, Bruno, lo sé. No hay más remedio. Imagino que tendréis vuestros motivos para investigar. La Seguridad Civil tiene sus obligaciones y derechos, en casos como éste.

—Y no siempre agradables, puedes decirlo, Ada. No agradables. Ni para nosotros... ni para vosotros.

Una puerta se deslizó suavemente a espaldas de Bruce Leslie. Éste se volvió lentamente y encontróse con alguien a quien conocía. Le saludó.

—Hola, Moss. He venido a ver a tu mujer —dijo simplemente—. Y a ti también. Después de todo, sois los únicos que quedan, relacionados con Rand Hallman.

—Sí, Bruno —asintió el llamado Moss—. Ada y yo lo esperábamos. Alguien tenía que ocuparse de esto.

—¿Por qué, Moss? —Leslie contempló fijamente a Moss Carlan, el marido de Ada. Ésta era hermana de Greta y cuñada de Rand Hallman, el hombre de la A. V. S. S. electrocutado en la torre de control tras matar brutalmente a su esposa —. ¿Por qué crees que alguien tenía que ocuparse de esto?

—Verás, Bruno... —Moss Carlan avanzó con paso lento. Su rostro, ancho y fornido como toda su figura, reflejaba preocupación, inquietud—. Yo conocía bien a Rand.

—Yo también. Eso no explica nada.

—Oye, Bruno, tienes que entenderlo —Carlan agitó una mano, en gesto elocuente—. Rand no pudo volverse loco, así, de repente. Ni matar a Greta, a quién amaba por encima de todo.

—Pero ocurrió. No entró nadie más en la torre. Nadie se aproximó a ella. No caben dudas sobre su culpabilidad. Como tampoco sobre el hecho de que él mismo se mató con la descarga eléctrica. Eso está fuera de toda duda.

—Muy bien. Fuera de toda duda. Ataque de locura y todo eso. ¿Por qué, entonces, interviene la SIP en ello?

La pregunta de Moss era concreta. Bruno Leslie inclinó la cabeza.

—Sí, Moss; es cierto. Tampoco nosotros lo vemos claro. Sólo que yo quería saber por qué tú dudas de la teoría de un ataque de locura.

—No es que dude de eso. Parece harto comprobado. Sólo me pregunto: ¿qué pudo provocar esa locura?

—Justamente lo que me pregunto yo. Lo que se preguntan en la SIP —respiró con fuerza, hizo una pausa y se volvió a la hermana de Greta, que tenía lágrimas en los ojos—. Ada, ¿te escribió algo Greta últimamente? ¿Se comunicó contigo por teléfono o cosa parecida?

—Lo normal. De vez en cuando me escribía o me llamaba.

—¿Algo anormal sobre Rand? ¿Algún síntoma extraño, una sospecha, una inquietud de...?

—No. No, Bruno. Nada en absoluto. Al parecer, toda iba bien. Rand era nervioso, pero no se excitaba fácilmente. Ni Greta tampoco. No había disgustos, tirantez ni nada de eso.

Bruno meneó afirmativamente la cabeza. Mientras paseaba por la estancia, repuso a su vez:

—Yo hablé con Greta aquel domingo. Era poco antes de... de suceder lo que sucedió. Quería hablar con Rand. Pero Greta me dijo que estaba ocupado. E irritable.

—¿Irritable?

—Sí. No quiso ponerse al teléfono cuando le llamé desde Chicago. Era para convenir una cuestión personal. Rand y yo habíamos tenido negocios, vosotros lo sabéis. Tenía que darle unos beneficios, cobrados por mí con una demora de dos años, pero no pude informarle. Según Greta, estaba irritable, metido en su trabajo, ante los visores de la torre. No quería hablar con nadie. Ni siquiera tomó el café habitual, que ella le había preparado.

—Entiendo —suspiró Moss—. Ya empezaba la cosa. ¿Cómo imaginar que terminaría así?

—Sí, claro. Eso era imposible de prever, ni por mí, ni por nadie. Pero ése era el principio, no hay duda. Rand Hallman estaba bajo los efectos de... de lo que fuese. Greta tenía miedo, preocupación, no sé... Estaba en lo cierto al pensar así.

—Dios mío, aún parece increíble que eso sucediera —gimió Ada, sepultando el rostro entre las manos—. Greta... Rand... Los dos desaparecidos para siempre...

—Solamente sobrevivió "Titán" —dijo lentamente Bruno—. ¿Os han devuelto el perro de Rand?

—No —denegó Moss—. Aún lo tienen sometido a observación. Lo he visto y me parecía otro perro. Ni siquiera nos dejó llegar hasta él.

—Sí, ya sé. Yo he podido acercarme, pero es que "Titán" me aprecia mucho —sonrió Leslie—. Quería pediros una cosa, Moss.

—¿Qué es ello, Bruno?

—Quiero a “Titán”.

—¿Eh? —Moss Carlan parpadeó, sorprendido. Miró a Leslie, como si no creyera lo que le estaba diciendo—. ¿Seguro que estás en tus cabales, Bruno?

—Por el momento, sí. Quiero a “Titán”. Es vuestro, como vuestro es todo lo que, dejaron los Hallman. Por eso os pido a “Titán”. No de un modo definitivo, porque tal vez queráis conservarlo como un recuerdo de Rand y de Greta. Pero sí por una temporada, que puede ser corta o larga.

—Si realmente necesitas a “Titán”, cuenta con él. Pero ¿crees que va a serte útil en algo, o simplemente lo quieres por tu amistad con Rand?

—Creo que “Titán”, tarde o temprano, puede darme la clave. Creo que por él sabré lo que sucedió aquel espantoso domingo, en la torre de control.

—¡Pero, Bruno! — se asombró Ada, mirándole con extrañeza—. “Titán” es solamente un perro. No puedes pedirle...

—Sé lo que puede pedirse a un perro, Ada. No soy un iluso ni un fantástico. Pero confío en ese sexto sentido que creo tienen los animales. Acaso el hecho singular de que, en todos los casos ocurridos hasta ahora, un ser incapaz de hablar ha presenciado lo ocurrido y no se ha visto influido por la locura ni ha sufrido sus consecuencias trágicas, sea lo que me induce a confiar en que un día, tarde o temprano, “Titán” reaccione ante algo. Y ese día, tal vez logre ver claro...

—Está bien; cuenta con él, Bruno.

—Gracias —rebuscó en su bolsillo y extrajo un sobre azulado que tendió a Moss—. Toma esto, Carlan. Es tuyo.

—¿De qué se trata?

—Es el dinero que debía entregarle a Rand por nuestro antiguo negocio en común. Ahora, Ada y tú sois sus herederos universales y os corresponde. No es mucho, pero es legalmente vuestro.

—No, Bruno, déjalo. Ya que estás investigando lo de Rand, vale más que utilices ese dinero en las gestiones. Será el mejor modo de emplearlo...

—No, Moss. Yo me ocupo del caso porque así lo pedí. Por amistad hacia Rand y Greta. Pero es la SIP la que investiga, la que está sobre mí. Ellos pagan todos los gastos. Guardad ese dinero, es vuestro. Sólo se trata de dos mil créditos.

—Gracias, Bruno —Carlan, tomó el sobre, que tendió en silencio a Ada, y luego estrechó la mano a Leslie, añadiendo—: Eres un gran chico. Siempre lo fuiste. Deseo que tengas suerte y descubras la razón de este horror. Pero a veces me pregunto si realmente no serían las cosas tal y como parecen, y no como nosotros imaginamos.

—¿Es que acaso imaginamos algo? —musitó Bruno, fatigadamente.

—Yo sí —era Ada la que intervenía, con voz profunda—. Hay algo extraño y horrible en todo esto... Creo que lo que le ocurrió a Rand no es natural ni humano... No es una enfermedad, ciertamente... No sé lo que es, no me lo preguntéis... pero no es ninguna enfermedad.

—Diablo, Ada. Eso es absurdo —opinó Moss Carlan, el cuñado de Greta Hallman, la mujer asesinada en la torre de Nebraska—. Un ataque de demencia sólo puede ser provocado por una dolencia mental. Puede haber una razón extraña, pero...

—La hay, Moss. Y esa razón viene de fuera. No sé de dónde... pero viene de fuera, y tal vez nos amenaza a todos —susurró, estremeciéndose, Ada.

Aun a su pesar, Bruno Leslie se impresionó, contemplando a Ada que miraba al vacío, como obsesionada por algo que nadie, sino ella misma, era capaz de ver. Algo que también Bruno había presentido antes. La existencia de un factor desconocido, de un elemento con el que nadie contaba, pero que existía en alguna parte.

¿Dónde?

Ésa era la pregunta que Leslie se estaba haciendo. Una pregunta que en aquel momento no tenía respuesta... y quizá no llegara a tenerla nunca.

*   *   *

Walter R. Cochran asintió lentamente, mirando a Bruno Leslie desde detrás de su mesa. Se incorporó, avanzando hasta la ventana, y pareció sumirse en la contemplación de los magníficos Adirondacks. Pero su pensamiento estaba bien ajeno a lo que sus ojos veían, como demostró su respuesta a la pregunta que acababa de hacerle su visitante.

Dijo:

—Sí, señor Leslie. En el campamento minero la locura fue colectiva. Se atacaron brutalmente, con toda clase de armas propias de minería. Hubo una matanza horrible. Y los que sobrevivieron a ella, heridos y maltrechos, debieron de huir luego, dirigiéndose al torrente. Allí se tiraron al agua o se colgaron de los árboles. No lo entiendo, señor Leslie. Nadie lo entiende aquí. Fue como una demencia absurda, que les dominó hasta el fin.

—¿Sin supervivientes? —inquirió Leslie.

—Ninguno. Todos se aniquilaron... —el policía hizo un alto, sonrió y añadió, con aire burlón—: Bueno, hubo un par de supervivientes... pero no creo que sirvan de mucho.

—¿Por qué?

—Son dos mulos del campamento minero. Otros fueron inmolados, pero dos de ellos lograron escapar a la matanza de sus propios amos.

—La historia se repite... —suspiró Bruno Leslie.

—¿En qué sentido?

—Primero, un perro. Luego, un niño... y ahora dos mulos. Testigos que no hablarán... Pero que vieron aquello.

—No hace falta en realidad ningún testigo. Podemos imaginar fácilmente lo sucedido.

—Supongamos que las cosas no ocurrieron como imaginamos... ¿Quién nos lo diría? Absolutamente nadie, Cochran. Los que podrían referirlo carecen de esa facultad. Es una maldita casualidad...

—Aún debió de haber otro testigo —dijo Cochran lentamente, con el ceño fruncido mientras recordaba—. Un testigo que, sin embargo, no puede ya hablar tampoco. Le mataron.

—¿Quién era?

—Homer Banbury. Un minero viejo, semiparalítico. Le tenían como experto, pero no podía moverse apenas. Estaba en una tienda de campaña. Allí lo hemos encontrado, junto a un pote de café derribado, con una expresión de pánico grabada en el rostro, causada por algo que le amenazaba. Un pico minero le hendió el pecho. Algo espantoso...

Bruno Leslie, de súbito, había tenido una extraña corazonada. Se irguió, excitado. Había algo que de pronto aguijoneó su mente, como avisándole de que tropezaba con un elemento significativo. Pero aquel presentimiento fugaz se borró en el acto y su mente volvió a quedar en blanco, pero con la convicción de que algo había pasado por él, un rayo de luz que no fue capaz de aprehender.

—Bien —comentó por fin Bruno—. De todos modos, no creo que encuentre aquí ninguna cosa de utilidad. No es en los Adirondacks donde se puede investigar el caso.

—¿Dónde, entonces? ¿Cree que existe el lugar donde se puede descubrir algo de este raro asunto? No parece problema de la policía, sino de los médicos y psiquiatras.

—Aparentemente, sí. Pero todavía no está demostrado eso, Cochran. Hay un detalle muy chocante en este asunto.

—¿A qué se refiere?

—A esos dos domingos en que tuvieron lugar los casos de locura. El tiempo en los tres lugares y en los momentos de la tragedia era inmejorable. Despejado, límpido, soleado y con buena temperatura.

—¿Sí? ¿Y qué quiere decir eso?

—Si yo lo supiera... De momento sólo eso: que el tiempo era bueno. Había sol, buena temperatura, ausencia de aire... Tal vez sea solamente una coincidencia más. O tal vez no.

* * *

El superexpreso continental Atlántico-Pacífico, que cruzaba todo el gran país americano, se deslizaba vertiginosamente sobre la vía especial, la lustrosa banda plástico-metálica, por la que la blanca y centelleante oruga, capaz de desarrollar una velocidad de trescientas millas por hora, avanzaba desafiando casi la velocidad formidable de las naves aéreas. Quizá como una última rebeldía de los transportes de tierra, frente a la competencia de los vehículos espaciales.

Había aún mucha gente en el mundo que prefería viajar a ras del suelo, a elevarse a supervelocidades por el aire. Y por eso existían convoyes vertiginosos, pero terrestres, como el superexpreso continental de América, de vía única.

Bruno Leslie renunció a contemplar el paisaje por las ventanillas de vidrio

plastificado azul. En realidad, apenas sí se podía ver nada. Solamente una mancha borrosa, verde y azul, o gris y azul.

Pronto llegaría a Nebraska. El ferrocarril le dejaría cerca de la región del North Plate. En el vagón transporte de la cola viajaba "Titán", en una perrera especial.

Aquél era, en realidad, el auténtico inicio del caso. Había empezado en Nebraska. Y a Nebraska quería ir, a descubrir la clave del enigma. Aunque tal vez tampoco estuviera allí. Ni en ninguna parte.

Se incorporó, cansado del asiento. Paseó por el corredor, acercándose a la plataforma del superexpreso. Encendió un cigarrillo, mientras reflexionaba sobre el extraño asunto que por propia voluntad había abordado.

Lo peor que podía ocurrirle era que ni siquiera encontrase pistas, indicios o detalles que le mostraran un camino a seguir. Si el caso era realmente un problema clínico o científico, se estrellaría contra un muro de piedra. Si no lo era... podía ocurrir que también existiera una muralla infranqueable.

Aspiró el humo nerviosamente y lo despidió en círculos que flotaron en el aire perezosamente, hasta diluirse. El tren iba más y más deprisa. Era una especie de flecha de acero y aluminio lanzada sobre la simple estría de su ruta, como el cierre de una colosal cremallera que cruzase un continente.

La puerta deslizante de la plataforma se abrió de nuevo. Tres hombres salieron a la misma, conversando entre sí animadamente. Se quedaron formando grupo frente a Bruno Leslie, ensimismados en su charla.

Todo ello era perfectamente normal y Leslie no le dio importancia alguna hasta que, de súbito, observó que los tres hombres se volvían hacia él.

Se le quedaron mirando fijamente. Ya no hablaban. Y sus manos enguantadas empuñaban pistolas de metal rojo, armas que Bruno conocía muy bien. Eran proyectores de energía de alta tensión. Un simple disparo, una ligera presión en el resorte de una de aquellas armas significaría su muerte, carbonizado en el acto.

Y el que parecía mandar el grupo, ordenó:

—¡Disparad! ¡Destruidle! ¡Ése es el hombre de la SIP!

CAPÍTULO IV

CON LA MUERTE MUY CERCA



UE un solo segundo lo que medió entre la orden y su ejecución. Un segundo

que significaba vivir... y morir.

Le habían sorprendido totalmente descuidado, confiado. No esperaba peligro alguno, ni agresión de ninguna clase. De súbito, tres hombres armados de pistolas electrocutadoras surgían ante él y se disponían a barrerle, convirtiéndole en un simple montón de carbón, que después nadie sería capaz de identificar.

Aquel segundo, aquel fugaz instante entre la orden de matar y el hecho en sí, fue el tiempo con que contó Bruno Leslie para intentar algo. Solamente un hombre de su enorme agudeza mental, de su gran rapidez de acción, capaz de sobreponerse a toda adversidad con inaudita y automática precisión, podía librarse de morir. Al menos en aquel precario y escalofriante segundo.

En cuanto vio las armas comprendió que, por una u otra razón, iban a matarle. Luego, mientras el hombre hablaba dando la fatídica orden, él ya entraba en acción.

Fue un salto inverosímil, prodigioso, que le proyectó contra los vidrios plastificados de la portezuela. Toda la enorme resistencia de aquellos cristales para la continua fricción con el aire provocada por las grandes velocidades, se convertía en fragilidad al choque directo con un cuerpo sólido y fuerte.

Se hizo añicos. El cuerpo de Bruno Leslie saltó al exterior y fue engullido por el aire que silbaba estridentemente al ser hendido por la saeta plateada del ferrocarril.

Justamente entonces dispararon las armas sobre la plancha de aluminio que, un momento antes, cubría con su cuerpo el agente de la SIP. Grandes manchas negras surgieron en ella, al contacto de la carga eléctrica condensada. Se abrasó el metal, pero sin provocar corriente en cadena, porque los cargadores de alta tensión estaban especialmente adaptados para dañar tan solo al blanco, perdiendo luego su eficacia.

—¡Maldición! —aulló el que hablaba antes—. ¡Ha escapado!

—No es posible —dijo otro—. Se habrá hecho pedazos. Estamos pasando entre rocas y la velocidad del tren rebasa las trescientas millas. En esas circunstancias nadie puede librarse de morir.

—Bien. De todas maneras, veamos eso —dijo el hombre—. Con esos tipos de la SIP hay que tener mucho cuidado... Tienen siete vidas, como los gatos...

Arma en ristre, se acercó a la destrozada ventana por la que desapareciera el cuerpo de Bruno Leslie, tras su fantástico salto lateral, digno del más ágil de los felinos y realizado con una inteligencia portentosa.

Asomó el rostro y la mano armada por el hueco.

En el acto se arrepintió de su error, pero ya era tarde.

Bruno Leslie, colgado del estribo del tren, era como una bandera flotando

al aire, sujetándose al convoy para no caer y destrozarse entre las asperezas que flanqueaban la vía del superexpreso.

Al ver aparecer a su enemigo armado, Bruno, con una flexión enorme de sus poderosos músculos, se limitó a girar el cuerpo y disparar sus piernas como una catapulta, sin soltar la barandilla metálica del estribo.

Sus pies pegaron brutal y rudamente en el rostro del hombre, que gritó roncamente, aturdido. Su arma rodó al exterior y se perdió, rebotando, entre las rocas. Luego, incapaz de mantener el equilibrio, aturdido, con el rostro bañado en sangre por el brutal impacto, se dobló hacia adelante y cayó al vacío.

Bruno apartó la mirada para no ver el espectáculo de un cuerpo humano que rebotaba sobre las aristas agudas de la roca, terminando por convertirse, allá al fondo del barranco, en una piltrafa sangrante y deforme.

Era un éxito, pero solamente parcial. Bruno, aún en tan delicada situación, no podía olvidarse de los dos hombres que esperaban en la plataforma externa del vagón. Ambos iban armados y no podía confiar siempre en la suerte.

Pero él tampoco iba desarmado. Si fuera capaz de alcanzar su arma, sin soltarse de la barra metálica a la que sus manos se aferraban... Sujetarse con una sola mano constituía un grave riesgo. Podía fallarle, y entonces seguir la misma suerte que su enemigo.

Leslie, sin embargo, tenía que resolverse. Y se resolvió.

Soltó una mano. Su cuerpo sufrió un zarandeo brusco y hubo de encoger sus piernas, hincándose las rodillas en el pecho para no ser arrastrado por el suelo pedregoso y conservar el equilibrio.

Su mano libre rebuscó en sus ropas y reapareció armada. Tan sólo esgrimía un tubo ionizado, muy manejable. Pero terriblemente efectivo frente a enemigos armados.

Logró apoyar ligeramente sus pies en el estribo del coche. Por el hueco asomó otro de sus enemigos y su arma eléctrica le apuntó. No se atrevía a asomar la cabeza al exterior; dispararía desde dentro. No contaba, sin embargo, con que Leslie hubiera sido capaz de empuñar un arma.

El agente de la Spacial International Police disparó sin vacilar. El tubo, nada más presionar su extremo, vomitó un largo chorro azul, fulgurante, que penetró por el hueco y alcanzó al hombre armado.

Éste chilló agudamente, soltando su arma y revolcándose en la luminiscencia, azul del disparo. La carga de frío magnético congeló en el acto al hombre, reduciéndole a la impotencia. Era un arma mortal, desde luego. No existía medio capaz de volver a su temperatura normal a un cuerpo congelado con aquella carga, que provocaba la inmediata parálisis del corazón y la congelación de su sangre y miembros.

El tercer enemigo se vio perdido y trató de escapar. Pero ya Leslie había logrado afianzar sus pies en la plataforma y tomó un fuerte impulso, logrando ponerse en pie en el estribo. De allí saltó ágilmente al interior de la plataforma cuando ya el adversario huía.

—¡Alto! —ordenó Bruno con voz estentórea—. ¡Alto, en nombre de la Ley, o disparo!

La torpeza y el terror de su enemigo eran tales, que ni siquiera atinó a volverse y disparar sobre él. Eso requería una serenidad y una preparación para el disparo que el fugitivo no tenía. En vez de ello apeló a un recurso más simple. Pero quizá más eficaz...

Casi sin volverse, lanzó su arma contra Bruno. La pistola eléctrica era un arma contundente y pesada. Leslie quiso eludirla, pero no le fue posible, a causa de la desesperada rapidez del enemigo en lanzar el objeto.

Le alcanzó de lleno en la cabeza. Leslie, sintiendo el impacto, se tambaleó. Un agudo dolor le penetró, como una aguja de acero, hasta el mismo centro de su cráneo. Se le nubló la vista y, aunque hizo un disparo con su congelador, la chispa de frío azul dio en los muros de aluminio del ferrocarril, sin tocar a su contrincante, que ya lograba cerrar tras de sí la resistente puerta del corredor, escabullándose a sus esfuerzos.

Bruno, tambaleándose, se llevó la mano izquierda a la frente. La retiró cubierta de sangre que le goteaba de la ceja. El golpe del arma arrojada por su agresor le había abierto una brecha en la frente.

A pesar de ello, quiso seguir al hombre que huía, pero no pudo conseguirlo. Se le doblaron las rodillas y se aferró al muro para no caer. A duras penas alcanzó la puerta del corredor y, sujetándose en ella como buenamente pudo, cegado por la sangre y por el dolor de la herida, logró abrirla por fin.

Para entonces ya no se veía al fugitivo. Bruno Leslie tiró del botón de alarma y el tren, al sonido de la sirena de emergencia, fue reduciendo su marcha. Salieron varios pasajeros al corredor y rodearon a Leslie, profiriendo exclamaciones sobresaltadas:

—¡Han tocado el timbre de alarma!

—¿Sucede algo?

—¿Qué le ocurre, señor? ¡Está lleno de sangre!

—¡Le han herido!

—¡Avisen a la policía!

—Yo... soy la policía... —murmuró Bruno, cansadamente—. Busquen a un hombre... Me ha herido él. Pertenece a un grupo de asesinos. Es pequeño, recio y lleva una pequeña barbita... Búsquenle, sí aún está en el tren...

Luego, despreciando ayudas ajenas, él mismo rompió la marcha, buscando obstinadamente a su hombre, a pesar de que tenía el presentimiento de que iba a ser totalmente inútil.

*   *   *

Había sido inútil.

El hombrecillo de la barbita recortada no estaba ya en el tren. Nadie, tampoco, le había visto salir del ferrocarril, una vez detenido por el timbre de alarma. Pero lo cierto era que no estaba. Por lo tanto, algún medio utilizó para salir sin ser visto, o para ocultarse donde nadie diera con él.

Sentíase desalentado. De la agresión sufrida en la plataforma exterior del vagón, solamente le quedaban dos elementos: un hombre destrozado entre las rocas, y otro congelado por una carga glacial. Ninguno podía hablar, ninguno diría quién les envió a matar a Bruno Leslie ni por qué. Tampoco cómo habían sido capaces de identificar al viajero como agente de la SIP.

Lo imprevisto de los últimos acontecimientos a bordo del superexpreso aún le tenía aturdido, perplejo. Los documentos de aquellos hombres de momento sólo le habían revelado una cosa: ambos procedían de Nueva York. Y debían de ser delincuentes profesionales. También los dos llevaban en sus bolsillos importantes cantidades en metálico. Y singularmente parecidas entre sí: cinco mil créditos cada uno.

Había gente que por cinco mil créditos era capaz de matar incluso a su propio padre. Con más motivo, a un agente de la SIP, por grave que fuera ese delito.

Asesinos a sueldo... Asesinos a sueldo, para matar Bruno Leslie, a bordo del superexpreso continental.

¿Por qué?

Bruno Leslie sentíase perplejo y alarmado. Alguien, quizás en Nueva York, había enviado en pos de él a tres criminales pagados. La orden era simple: matar al hombre de la SIP, a Bruno Leslie.

Alguien sabía que él viajaba en aquel tren. Alguien sabía eso... y quizá sabía por qué iba en el superexpreso. Y habían dispuesto su muerte.

Repentinamente, todos los presentimientos, todas las sospechas y temores parecían confirmarse. Un siniestro significado resultaba del suceso del tren. Bruno Leslie estaba seguro de algo: quienquiera que fuese que pagó cinco mil créditos a cada asesino a cambio de su piel, quería eliminarle inmediatamente. Precisamente a él y precisamente ahora.

¡Precisamente ahora, cuando él iba a Nebraska, a investigar el misterio de la locura de Rand Hallman!

¿Significaba eso una relación entre ambas cosas? ¿Había un nexo de unión

entre la locura misteriosa desencadenada aquellos dos domingos y el intento de asesinato en el tren?

Había un 80 por 100 de probabilidades respecto a una afirmación positiva. Y si esto era así, significaba que había gente dispuesta a que él no siguiera adelante.

De todo ello sólo se podía desprender una conclusión siniestra e inquietante: en aquella locura había intervenido una mano humana.

Cómo o por qué, eran dos preguntas que Bruno Leslie no podía contestar aún. Pero si estaba sobre una buena pista, si había atinado en sus sospechas sobre aquel caso enigmático, la SIP seguiría adelante hasta dar con la clave del misterio, hasta localizar aquel soplo satánico de demencia...

Lo peor que podía suceder había sucedido. Había una mente racional detrás de los casos de demencia. Una mente que no dudaba en matar, si con ello mantenía la impunidad de su proyecto.

Una mente hasta la que tenía que llegar él, estuviera donde estuviese. Si el problema era humano, si la razón de aquel horror se encerraba en un ser vivo y mortal, se trataba de una simple lucha. Por desigual que fuese, prefería luchar contra eso que contra algo intangible, contra un simple virus, una epidemia o una influencia extraterrestre.

De momento, las cosas parecían complicarse, hacerse más y más confusas. Pero, en realidad, era el principio. El principio de algo que, siendo muy oscuro, quizá se había esclarecido un tanto con aquel descubrimiento.

Porque, contra lo que esperaba la persona que pagó a los asesinos, él continuaba con vida y seguía adelante. Como agente especial de la SIP, pero también como amigo de Rand Hallman, la primera víctima de aquella extraña, incomprensible locura homicida.

* * *

Se apartó del mirador de la alta torre de vigilancia de la A. V. S. S. y paseó entre el instrumental de Hallman, tal y como lo dejara el propio Hallman al morir.

La torre seguía sin ocupar. La “Air Vigilance Special Service” esperaba a que se esclarecieran las razones del extraño suceso para enviar al suplente de Hallman.

Solamente Bruno Leslie y el perro de Hallman se hallaban ahora en las cabinas habitables de su cima. “Titán” lo husmeaba todo con aíre inquieto. Sus ojos, inteligentes y vivos, miraban con frecuencia a Bruno. Luego olfateaba el aire, o pasaba junto a los instrumentos y muebles, mirando con inquietud en derredor suyo.

Gruñía entre dientes de vez en cuando, pero sin emitir ningún otro sonido.

No ladraba, no parecía particularmente asustado por aquello que le era familiar.

Leslie abrió la puerta del corredor. “Titán” se lanzó a la carrera hacia las estancias que ocuparon los Hallman en vida, hasta aquel fatídico domingo. Un ladrido lúgubre llegó a los oídos de Bruno, que corría ya en pos del fiel animal.

Lo encontró parado ante el lugar donde estuviera Greca Hallman, muerta por la crueldad involuntaria de Rand, en su momento de locura. Olfateaba el suelo. Alzó la cabeza y miró a Leslie.

—¿Qué hay, “Titán”? —suspiró el joven agente especial de la SIP—. Si pudieras hablar, ¿verdad? Bien, amigo, no te esfuerces. Yo no puedo comprenderte, después de todo.

Examinó todas las pertenencias de los Hallman. Su reducida vajilla, sus libros, sus alimentos, alineados en botes y latas dentro de un armario. Lo que más abundaba era el café. El café es siempre el mejor acompañante del hombre que tiene que vigilar y trabajar en sociedad.

No encontró nada de particular allí. Sirvió comida al perro en un plato y regresó a la cabina de control, donde trabajara Hallman como vigilante de la A. V. S. S.

Contemplando los instrumentos, se fijó especialmente en los visores. Eran una especie de prismáticos graduados, con teleobjetivo provisto de transfocator, y estaban asestados sobre un determinado punto, hacia el norte. Se inclinó y miró por ellos.

Descubrió un amplio trigal, unas lomas verdes, onduladas, y unas lejanas cimas rocosas, perdidas en la niebla dorada de la mañana. Nada de particular por parte alguna.

Evocó algo que le dijera Greta Hallman por teléfono cuando él llamó intentando en vano hablar con su amigo Rand: “... está pegado a los visores y no quiere ni siquiera escucharme...”.

¿Tal vez vio algo especial por ellos? Posiblemente, no. Era su labor y la hacía con entusiasmo. Pero Rand, aquella mañana, estaba irritable, incluso violento, según palabras de Greta, que era la única que pudo referir antes de que se desencadenara la tragedia sobre la torre de control.

Se apartó de los visores. No descubría nada por aquel lado. Evidentemente si había alguna pista, ésta se hallaba en otro lugar y no en la torre. Aquél no era sino un lugar desierto, donde todavía parecía flotar el recuerdo de sus infortunados amigos.

Pero solamente estaba al principio de su proyecto. Éste consistía en vivir allí hasta el domingo siguiente, inclusive. Tal vez no ocurriera nada, pero pasaría la semana encerrado en la torre, con la única compañía de “Titán”.

Tal vez el domingo le guardase alguna sorpresa. Y si no... ni siquiera sabía qué iba a hacer entonces.

De cualquier modo, ahora podía hacer una cosa: esperar.

Esperar hasta el domingo.

CAPÍTULO V

SOPLO DE LOCURA



A suerte le favoreció.

Era un domingo claro, luminoso, de clima espléndido. Tal y como debió de serlo aquél en que murieron los Hallman.

Bruno Leslie madrugó mucho aquel día. Apenas sí se veía una claridad azulada en el horizonte cuando saltó del lecho y se dispuso a esperar. Quizá no ocurriría nada.

Estaba aburrido. Eran muchos días encerrado allí, sin que nada ocurriese. Charlaba solamente con “Titán”, que le escuchaba atentamente y movía sus orejas con aire de comprensión, pero que era incapaz de darle el consuelo de una respuesta.

Una vez aseado y vestido, preparó el desayuno. Hirvió el café, dispuso unas tostadas y abrió una lata de leche condensada, que mezcló al café para servir a “Titán”. Él prefería el café solo. Se sirvió un vaso lleno y bebió a pequeños sorbos, mientras fumaba un cigarrillo.

En el horizonte emergió el sol, en un azul terso y limpio. La luz dorada llenó el panorama y penetró esplendorosa en la torre, dando alegría al ambiente. Pero era extraño que, a pesar de ello, la alegría no se materializase totalmente. Había algo intangible en el ambiente, algo gris y sombrío que acechaba como una sombra invisible. Algo que no estaba allí, entre ellos. Pero que parecía estar presente.

Bruno se sobresaltó de pronto al mirar a “Titán”. Éste se había erguido y miraba hacia un punto en el aire. Hacia el muro de la estancia, al parecer. Había erguido las orejas y su pelo parecía erizado. De pronto gruñó, larga y

roncamente.

—“Titán”. ¿Qué sucede? —demandó Bruno, con voz tensa.

El perro gruñó de nuevo. Su inquietud subía de punto. También se sentía inquieto. Y, sin embargo, no parecía suceder nada. Al menos, el agente de la SIP no lo advertía. Pero si el perro presentía algo, era cuestión de ponerse en guardia. Los animales poseen más sentidos que un hombre o los tienen más agudizados.

—“Titán”, busca —le alentó Bruno—. Busca lo que sea... ¿Dónde está?

Al tiempo de hablar había extraído su arma, una pistola de cargas explosivas. No quería correr riesgos; mataría a cualquiera que se aproximase a la torre, si no justificaba previamente las razones de su visita.

“Titán” se había encaminado a la puerta de la cabina, intentando abrirla. Bruno lo hizo y el animal se lanzó hacia la cabina de control. Leslie le siguió a la carrera.

El perro entró ladrando furiosamente. Miraba hacia la galería exterior, la que circundaba la torre. Bruno se aproximó a las vidrieras y se asomó. No vio absolutamente nada; allí no había nadie. El campo, en torno a la torre, estaba desierto. Un domingo apacible y solitario. “Titán” parecía injustificadamente furioso, inquieto por algo que tal vez sólo existía en su imaginación.

Leslie miró su reloj. Eran las diez de la mañana, la misma hora en que él llamó aquel día a Rand Hallman. Era extraña la coincidencia. Volvió a mirar a “Titán”, que seguía con los ojos muy abiertos y brillantes clavados en el mismo lugar, más allá de las cristaleras de la cabina.

Trató de seguir su mirada pero no encontró nada. Sólo la panorámica luminosa de la mañana en Nebraska. Y los visores por medio...

¡Los visores!

La idea asaltó de repente a Leslie. Se abalanzó hacia ellos, clavando los ojos en el exterior, pero a través de los cristales graduados del teleobjetivo.

Estaba viendo exactamente lo mismo que viera el día de su llegada. No quiso alterar la posición de los binoculares. Trigales, lomas verdes y onduladas, montañas más alejadas, bruma dorada en las cumbres, un cielo despejado, limpísimo y sin nubes, en el que era visible, incluso, el disco lunar, difuso a la luz del día.

—“Titán”, sigo sin ver nada. Como nuestros enemigos no sean invisibles... no logro explicarme qué es lo que te inquieta tanto.

El perro no le atendía. Seguía gruñendo de un modo casi obsesivo. Y no separaba los ojos de la zona de los visores.

Leslie suspiró, encogiéndose de hombros con cansancio. No lograba entender nada de todo aquello. Él no sentíase irritable o molesto; su estado era

perfectamente normal.

Volvió su atención a los visores. Procuró que ningún detalle escapara a su crítica observación, por si en algún punto insospechado se agazapaba el siniestro, invisible peligro.

Todo continuaba igual: no podía ser de otro modo. La hierba, el trigo, las lomas verdes, las montañas, la neblina, el sol, la fugaz sombra blanca de la luna, a pleno día el azul casi hiriente de la brillante mañana...

De súbito, lanzó una interjección. Su cabeza se pegó más a los visores y concentró la vista cuanto le era humanamente posible. Era difícil concretar, pero estaba seguro, empezaba a estarlo por lo menos, de que algo estaba cambiando en el paisaje. Un elemento del mismo no permanecía invariable.

Se estremeció Bruno Leslie ante la evidencia de lo que el perro, con más agudeza que él, había intuido. "Aquello" hacia lo que estaba mirando "Titán", con la inquietud impresa en su figura, desde los ojos abiertos, brillantes y las orejas erectas, hasta la cola, que se agitaba, tensa...

La niebla dorada de las cumbres estaba acercándose a la torre... ¡Flotando en el aire quieto de la mañana, como una nube de oro transparente!

* * *

Retrocedió un paso, aturdido.

Aquello que parecía un simple efecto del sol al atravesar la niebla de las montañas, estaba moviéndose hacia la torre de la A. V. S. S. y las montañas aparecían ahora desprovistas de neblina, límpidas por completo, en tanto que la bruma color oro flotaba, moviéndose más y más rápida, hacia el lugar donde estaba Bruno Leslie.

El súbito aullido del perro, prolongado y lúgubre, estremeció a Bruno, que se volvió a contemplarle, perplejo. Le vio jadear, exhibiendo sus dientes con ferocidad, sin quitar la mirada de la nube de polvo dorado.

—Era eso, ¿eh, "Titán"? —exclamó Bruno Leslie, totalmente desconcertado, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua—. ¡Esa maldita nube dorada! ¡Parece viva...!

Retrocedió, sintiéndose ridículo con su pistola entre los dedos. ¿De qué podía servirle la pistola frente a algo que llegaba del espacio, frente a una niebla dorada, que tenía la virtud de provocar el terror y la ira en el fiel "Titán"?

Era domingo otra vez. Y algo parecía que se estaba repitiendo allí. Pero aquella nube ¿por qué se movía? ¿Qué era lo que la formaba? ¿Qué significaba?

No sentía la menor molestia en su cabeza, ni le fallaba la razón. Pensaba con absoluta claridad y su equilibrada consciencia no se velaba. ¿Dónde, pues,

estaba la locura, aquella amenaza oculta que “Titán” parecía intuir? ¿Llegaría a él cuando aquel polvo dorado rodeara la torre?

Eso iba a suceder muy pronto...

De súbito, un grito terrible, escalofriante, llegó del exterior.

Era un grito humano, un desgarrador alarido que reflejaba angustia, miedo, dolor... Un desesperado y violento pánico a algo...

Bruno Leslie corrió a la galería. Abrió la vidriera sin ninguna vacilación, y se asomó al exterior. Desde la altura de la torre contempló el terreno circundante. Abajo, en el claro, no había nadie...

Peso ¡un hombre estaba subiendo la larga escalera metálica de acceso a la cima de la torre! Y entre sus manos llevaba un fusil de granadas explosivas, un arma que sólo se concedía a los guardas estatales. Además, el uniforme verde del hombre era el de guarda forestal.

—¡Alto! —avisó Bruno Leslie, apuntando al hombre con su pistola—. ¡No suba! ¡Está prohibido subir aquí! ¡Retroceda! ¡Retroceda o disparo! ¡Es una orden!

El hombre no retrocedió. En vez de eso, pareció ascender más deprisa, aferrándose con una mano a los barrotes cruzados que formaban la escalera metálica y sujetando en la otra su rifle de proyectiles explosivos. Alzó la cabeza y el casco verde, con la insignia plateada de guarda jurado forestal, dejó ver su rostro lívido, sus ojos enormemente dilatados y sus labios espumeantes. Su aspecto inspiraba horror.

—¡No puede prohibírmelo! —rugió, con la misma voz aguda y estremecedora que poco antes había gritado—. ¡Tiene que darme asilo, tiene que alojarme ahí! ¡Me persigue! ¡Me persigue y usted tiene que salvarme!

—¿Qué es lo que le persigue? ¡Vamos, conteste desde ahí, deje de subir!

—¡No, no puedo quedarme aquí! —chillaba el hombre, con aspecto delirante—. ¡Me alcanza ya! ¡Me alcanza!

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué mil diablos le alcanza? ¡No hay nada ni nadie en cien millas a la redonda!

—¡No, usted no puede verle!, ¡pero está ahí, ahí!... —agitó la mano armada, abarcándolo todo en torno suyo—. ¡Viene a por mí, va a destruirme, yo lo sé! ¡Tiene que dejarme entrar!

Su aspecto era el de un auténtico demente. Cuando le tuvo más cerca, Bruno comprendió que el hombre estaba totalmente desquiciado. Su expresión, su faz, sus gestos, eran los de un loco.

Alzó un momento la cabeza. El polvo dorado estaba sobre él, por encima de la torre de vigilancia aérea de la zona. Sintió unas palpitaciones extrañas e intensas en sus sienes y le zumbaron ligeramente los oídos, pero nada más.

Seguía pensando con total claridad.

Volvió a bajar la cabeza y se estremeció, sobresaltado. El guarda forestal estaba ya a menos de veinte yardas de la plataforma. Pero no era eso lo peor. El hombre se había detenido al fin, lívido como un espectro, horriblemente crispada su faz, con una demoníaca expresión de odio, de ferocidad... ¡y apuntaba su rifle de granadas explosivas hacia Bruno Leslie!

En las pupilas dilatadas y horribles leyó la intención fija, insana, de matar. De matar porque sí, porque su mente enferma, descentrada, le decía que el hombre de la torre era un enemigo a quién era preciso destruir.

Leslie sintió una contracción de estómago al hacer lo que hizo. Pero no tenía otro remedio, era su vida o la de aquel hombre. A pesar de ello, procuró no tirar a matar.

Su pistola disparó antes de que lo hiciera el rifle, y eso salvó su vida. El hombre aulló al sentir estallar en pedazos su brazo derecho, desintegrado con arma y todo por el certero y fulminante proyectil lanzado por el agente de la SIP.

Pero el intento compasivo de Leslie fue inútil porque el herido, al perder el brazo, perdió también el escaso control que de sí mismo conservaba, y soltó su mano izquierda de los tramos metálicos de la escala.

Lo que siguió nadie podía evitarlo ya. Bruno cerró los ojos, horrorizado, mientras el cuerpo del infortunado guarda saltaba al vacío, como un guiñapo, y su grito espeluznante se perdía hasta terminar en un sordo choque en el suelo pedregoso que servía de base a la torre. Allí quedó inmóvil el hombre de uniforme verde.

Bruno Leslie contempló con angustia lo sucedido. Luego alzó la cabeza hacia la nube dorada, suspendida sobre la torre. Infantilmente, hizo un disparo hacia ella.

Su proyectil explosivo reventó entre la neblina dorada y ésta se arremolinó, pero sin disiparse. Dentro de la torre, “Titán” ladraba furiosamente con el rostro vuelto hacia la niebla dorada, exhibiendo los dientes, en un inútil gesto de fiereza.

—Dios mío —susurró—. Dios mío, después de todo, es este polvo el que produce la locura. Ese pobre guarda forestal llegó aquí huyendo de su efecto... Y tuve que matarle o él hubiera terminado conmigo.

Dio unos pasos hasta la puerta-balcón de la galería circular de la torre, y se apoyó en el cristal, musitando:

—Pero ¿por qué yo no siento nada? ¿Es que es esto la locura? No, no es posible. Pienso con claridad, puedo razonar, veo las cosas claras, no siento otro miedo que el producido por algo que uno desconoce, capaz de provocar la muerte, sin posibilidad de ser destruido... No he enloquecido, a pesar de

estar bajo la misma nube que ese infeliz. El propio “Titán” parece furioso, excitado... pero no loco. Es extraño. Extraño e inexplicable...

Entró en la torre, cerró la puerta-balcón por si alguna influencia del polvo dorado llegaba hasta él.

Luego, miró en torno. Allí mismo, Rand Hallman había sufrido su crisis demente. ¿Por qué? ¿Por qué, en las mismas circunstancias Bruno Leslie no enloquecía?

Persistía el zumbido en sus sienes, la molestia en los oídos, pero nada más. Ni una sola apariencia de locura, ni un síntoma inquietante.

Leslie se dejó caer en un asiento, cerca de los visores. Contemplaba absorto aquella nube dorada sobre la torre. Luego, lentamente, se encaminó al teléfono en la cabina inmediata. Lo descolgó y comenzó a hablar por él, una vez hubo marcado una cifra:

—Aquí Torre de Control de A V. S. S., número 142. Al habla, Bruno Leslie, de la “Spacial International Police”. Llamada a Washington. Urgente, muy urgente. Llamada a Washington.

La comunicación fue establecida casi en el acto. Bruno Leslie escuchó pronto la voz del operador de guardia en la centralilla de la SIP en Washington:

—Hable, agente Leslie. Hable. Escucho. Puede informar.

—Es urgente, operador. Informe de emergencia para todas las patrullas y unidades especiales de la SIP. He localizado forma y aspecto del fenómeno que provoca la locura. Dé llamada de atención a todas las unidades y fuerzas. Que transmitan informes también a las policías locales, a las fuerzas de Aviación, de Espacio y de Marina. La locura tiene la forma de una nube o bruma dorada. Flota en el espacio, a una altura aproximada de cien metros como mínimo y quizás dos mil como máximo, sobre el suelo terrestre. Provoca dolores de cabeza y locura homicida. Pero a mí, extrañamente, no me produjo efecto hasta el momento. Ni tampoco a mi perro “Titán”... Atención. Sigo radiando informes concretos... Atención, SIP...

CAPÍTULO VI

EL PROFESOR KAZWAK


S una historia inaudita!

—Pero cierta, señor. Tuve que herir a aquel guarda forestal, o él me hubiera matado a mí. No tuve valor para matarle, porque comprendí que actuaba bajo circunstancias totalmente ajenas a su voluntad y a su mente. Estaba dominado por esa extraña locura. Se soltó, estrellándose en el suelo. No pude evitarlo.

Donald Callowan afirmó, taciturno, mordisqueando el extremo de su cigarro puro. Luego estudió a Bruno Leslie, sentado frente a él y aún con la marcada fatiga en su rostro, ligeramente pálido. Los días pasados en la torre de Nebraska, con su dramática culminación de aquel domingo, habían dejado su huella en el agente.

—Nadie va a reprocharle nada, Leslie —comentó ni jefe de la SIP—. Su labor ha sido magnífica. Tenía razón en lo de los hombres que le atacaron en el superexpreso continental. Los dos que usted eliminó se llamaban Hal Moran y Duke Alex. Dos delincuentes bien conocidos y asesinos a sueldo. Lo mismo que Laslo Bedek, el hombre a quién han hallado muerto en San Francisco, dos días después del atentado que usted sufrió en el ferrocarril.

—¿Quién era ese Laslo Bedek? —preguntó Bruno intrigado.

—Su descripción coincide con la que usted dio del tercer asesino, el que se escabulló de sus manos. Era pequeño y con una barbita recortada.

—¡Ese era! ¿Y le mataron también?

—Sí. Alguien le había enviado alimentos al hotel donde se refugiaba. Resultaron estar cargados de veneno. Murió en la alcoba, arrastrándose por el suelo, en un intento final por alcanzar la salida.

—¡Dios mío! Todo esto es monstruoso. Parece que haya alguien empeñado en tapar las bocas que más pueden perjudicarle.

—Sí, eso parece. Pero ahora ya sabemos algo. Existe una intervención humana en el asunto, aunque me ahorquen si imagino en qué consiste. Por otro lado, ese polvo dorado no ha podido ser aprehendido por nuestros científicos. Se diluye como auténtica niebla. Pero el análisis espectrográfico de las fotos obtenidas a distancia revelan una forma, una corporeidad, que sin duda va diluyéndose a medida que el contacto con el aire se prolonga. Ignoramos, sin embargo, el origen y razón de esa nube misteriosa.

—¿Recuerda ahora las descripciones que teníamos de aquel domingo en

Oregón y en los Adirondacks? Todo el mundo citaba esa neblina o polvillo dorado como algo que formara parte del día y de su luz. Ahora, sabemos que no es cierto. O se forman nubes diversas o hay una sola, que se eclipsa y vuelve a surgir, capaz de viajar miles de millas por hora.

—Sí. Leslie, pero ¿cómo se forma esa nube? ¿En qué consiste su poder enloquecedor? Los expertos confiesan su ignorancia y dicen que un polvillo o nube sólo podría trastornar la mente humana si iba cargada de una especie determinada de radiactividad o de unas ondas vibratorias, por ejemplo, que al repetirse en determinada frecuencia alterasen el funcionamiento cerebral del individuo sometido a su acción.

—¿Y por qué no me afectó a mí?

—Diablo, Leslie, ¿puedo yo saber eso? Del mismo modo que, al parecer, no afectó a la esposa de Hallman, ni a la familia del leñador McDale, ni al viejo minero casi paralítico. Influirá sobre ciertas naturalezas, sin afectar a otras.

—No sé —gruñó Bruno—. No parece una explicación plausible...

—¿No? Deme usted otra mejor.

—De acuerdo, de acuerdo —sonrió Leslie, agitando una mano—. Admito que no hay ninguna. Usted gana, señor.

Donald Callowan no objetó nada ahora. Se había incorporado y, cruzando sus manos a la espalda, recorría pensativamente la habitación con el ceño fruncido y una expresión de viva contrariedad.

Se detuvo ante la ventana y, contemplando la urbe, comentó sin volverse:

—Óigame, Leslie. Tenemos ya lo que produce la locura. Nos falta saber mucho aún, casi todo en realidad: su origen, su formación, su secreto... y la fuerza que la emite.

—Sí, señor.

—Por otro lado, tenemos la agresión en el tren, y tres asesinos a sueldo muertos. Tres hombres que cobraron quince mil créditos por eliminar del mundo de los vivos a Bruno Leslie. Le valoran muy alto, muchacho.

—Lamento no sentirme halagado por ello, señor —sonrió Leslie.

—Sí, es de comprender. Tenemos, pues, dos factores diametralmente opuestos. A saber: un fenómeno atmosférico, espacial o lo que sea. Y un grupo de asesinos pagados por alguien. Alguien que, por cierto, no sólo paga bien, sino que luego dispone la muerte para su gente, cerrando así toda posible boca habladora.

—¿Adónde va a parar con todas esas elucubraciones, señor?

—A esto —Callowan volvióse bruscamente hacia Bruno Leslie—. Si unimos ambos hechos, tenemos un cuadro bastante simple y claro: Un hombre, desde alguna parte, origina y controla ese fenómeno aéreo, provocando la locura a voluntad.

Hubo un silencio, tras la tajante y lógica conclusión del jefe supremo de la "Spacial International Police". Leslie movió afirmativamente la cabeza y contestó:

—Sí, señor. También yo he pensado eso. En principio, parece grotesco, imposible. Luego, dándole vueltas y más vueltas, empieza a parecer posible.

—Ya lo creo que es posible, Leslie. He reflexionado sobre ello desde que usted me informó. Otros agentes especiales están actuando en estos momentos. Virtualmente, toda la SIP está movilizada en busca de la verdad.

—¿Y qué es, en concreto, lo que buscan? ¿Una nube de polvo dorado?

—No, no. Sería perder el tiempo, igual que correr tras un fantasma. Yo quiero encontrar al hombre... si existe, naturalmente.

—¿Cree que puede existir un hombre capaz de lograr un prodigio así?

—Es, precisamente, lo que están buscando nuestros agentes, Leslie. Ya le informaré a usted oportunamente de lo que averigüemos.

—Gracias, señor.

—Ha llevado muy bien el caso, Leslie. Reciba mi sincera felicitación. Creo que nadie hubiera hecho trabajar la imaginación tanto como usted para llegar a la clave del enigma.

—Me ayudó la suerte, señor. Ojalá no me abandone. ¿Desea algo más ahora?

—Nada, Leslie, puede retirarse. Recibirá los informes en su casa así que obren en mi poder. Hemos de actuar rápida y silenciosamente. Las noticias sobre todo esto han corrido tan deprisa, que ya existe una psicosis de pánico entre la gente. Es preciso controlar la situación, impedir complicaciones graves y terrores colectivos.

—Cierto, señor. Estaré a sus órdenes en todo momento.

Saludó, iniciando la retirada. Ya iba a salir cuando llamaron a la puerta, y Callowan autorizó a entrar. Un empleado se acercó a la mesa del jefe de la SIP, entregándole unas fichas.

Leslie ya salía, cuando le llegó la voz de Callowan, en tono enérgico:

—¡Eh, no se vaya aún, agente Leslie! Vuelva, por favor. Creo que será innecesario que le envíe los informes a su casa y le llame posteriormente. Tenemos noticias...

—¿Noticias? ¿Buenas o malas? —se volvió Bruno, dirigiéndose en derechura a la mesa de su jefe.

—Aún no lo sé. Pero aquí tengo la ficha de nuestros archivos, correspondiente a un hombre que puede ser el causante de esa locura aérea. Véalo usted mismo —le tendió una cartulina—. Profesor Zoltan Kazwak, húngaro-alemán. Una eminencia en magnetismo, electrónica y energía nuclear. Un hombre extraño y poco equilibrado, fuera de sus investigaciones científicas. Ambicioso y adusto, no valora en absoluto la vida humana, si está

por medio un hallazgo científico de importancia. Eso, le trajo esto otro...

Ahora le mostraba una segunda ficha del mismo hombre. La misma fotografía, con el rostro ancho y macizo, con la melena blanca, leonina, con los ojos llameantes y profundos. El profesor Zoltan Kazwak también, pero ésta no era una ficha científica. Correspondía a la Penitenciaría del Espacio, a nombre de Zoltan Kazwak, recluso número 19572.

—¡Preso! —masculló Bruno—. ¿Por qué?

—Ya se lo dije. No valora la existencia del ser humano, no concede importancia a las vidas ajenas, si está en juego su labor científica. Por esa razón, dejó morir a dos auxiliares suyos en una cámara sometida a un bombardeo radiactivo, sólo por no detener el experimento y evitar su fracaso. Ellos murieron y el experimento fracasó, a pesar de todo. Cuando le arrestaron, acusado de doble homicidio, estaba mucho más pesaroso por ese fracaso que por la muerte de sus ayudantes. Fue condenado a cadena perpetua en la Penitenciaría del Espacio, ya que cometió su delito en su laboratorio-satélite, y la jurisdicción legal del mismo correspondía al Espacio.

Bruno preguntó:

—¿Y por qué elige a este hombre?

—Es un genio en electrónica y en magnetismo. Pero no sólo eso; ¿sabía que, hace cosa de diez años, se le prohibió experimentar con algo que él llamaba “Polvo de Locura”?

—¡Cielos! —Leslie parecía excitado. Contempló con renovado interés ambas cartulinas—. Parece una buena, pista... Pero él está preso ahora. Desde la Penitenciaría no se puede mover un ingenio monstruoso como ése, por muy genio que se sea.

—No. Pero Kazwak tenía discípulos. Uno de ellos, sobre todo, le era sumamente leal. Tanto, que prometió seguir los experimentos más caros a Kazwak, cuando él fue arrestado. Y Kazwak le hizo heredero virtual de todos sus bienes científicos, e incluso de su tarea.

—¿Quién era ese?

—El doctor Emery, actual director de la Sección B del Departamento Universal de Climatología.

—¿Eh? —Leslie pegó un respingo. Miró fijamente a Callowan—. ¿El Departamento Universal de Climatología?

—Sí, eso he dicho. ¿Acaso conoce usted al doctor Emery?

—No, señor. Pero allí trabaja la... muchacha con quien quiero casarme. Y su padre también trabaja en el C. U. D.

—Diablo, eso es interesante. Con el pretexto de ver a su futura esposa y a su padre de ella, usted podría entablar relación con el doctor Emery, vigilarle estrechamente y decirnos lo que hay sobre él.

—Lo haré, señor. En cuanto a Kazwak ¿qué piensa hacer? Él podría sernos

útil, interrogándole hábilmente. Tal vez nos diga en qué consiste esa nube dorada, el porqué de esa demencia extraña.

—Sí, Leslie. Es justamente lo que vamos a hacer ahora —pulsó un resorte del visófono y pidió conexión inmediata con la oficina de la Penitenciaría del Espacio. Mientras aguardaban, con la reducida pantalla del visófono atravesada por estrías intermitentes, ambos hombres cambiaron una mirada. Callowan comentó—: Espero que algo de todo esto resulte bien. Si seguimos una pista errónea, nos habremos metido en un callejón sin salida. Y no habrá posibilidad de encontrar otro mejor.

La pantalla se iluminó, apareciendo en ella la faz del operador de la Penitenciaría del Espacio. Su voz sonó por el micrófono del visófono:

—A sus órdenes, señor. Penitenciaría del Espacio al habla. ¿Qué desea saber la SIP?

—Informes sobre el recluso número 19572. Profesor Zoltan Kazwak. Urgentes y de importancia.

—Enseguida le serán transmitidos, señor. Pero tal vez ignore usted algo sobre el profesor Kazwak, y eso le haga ir a ciegas en la cuestión, sea cual sea.

—Bien. ¿Qué es ello?

—Verá, señor. El profesor Kazwak sufrió un ataque cardíaco hace justamente dos semanas. Falleció de resultas del mismo y su cadáver, por voluntad expresa del difunto fue trasladado al panteón familiar de los Kazwak, en Budapest. No toleraba, en su última voluntad, la incineración de sus restos...

* * *

—He aquí el panteón, señor. Uno de los pocos que han superado las alteraciones de la era moderna en el mundo. Los Kazwak siempre fueron diferentes al resto de los mortales —sonrió el conserje del cementerio de Budapest—. ¿Quiere verlo por dentro?

—Sí, por favor.

El conserje suspiró, buscando en un manojo de llaves. Ante ellos, el mausoleo rectangular, sobrio y frío, pero de amplias proporciones, con el nombre de Kazwak inscrito en grandes letras sobre la piedra, destacaba en la avenida arbolada del cementerio húngaro.

Bruno Leslie sentíase fatigado. Eran muchos desplazamientos en poco tiempo, los que llevaba hechos. Pero, nada más conocer la sorprendente noticia de la Penitenciaria, Donald Callowan había querido dejar bien sentado que los detalles respecto al funeral del sabio habían sido normales, sin nada oscuro ni turbio en ellos.

En escasas horas de vuelo, un aeroturbo le había dejado en la vieja Europa,

en el corazón centroeuropeo, con sabor a viejas leyendas, a románticos tiempos de un pasado cada vez más remoto, que el nuevo siglo arrollaba inconteniblemente con la fabulosa vitalidad de sus descubrimientos y progresos.

Hasta el momento, todo ofrecía un aspecto normal. El conserje del cementerio confirmó el hecho de que el ataúd de Kazwak había llegado puntualmente a Budapest, siendo enterrado en el panteón, conforme a la voluntad póstuma del sabio.

Abrió las puertas. Eran de hierro y rechinaron al entrar el conserje y él en el panteón. Unas escaleras de mármol, frías y blancas, descendían a una cripta o cámara subterránea, rectangular y de muros desnudos, a excepción de aquél en que destacaba un crucifijo, dos jarrones para flores, vacíos, y una inscripción. Una rara y sacrílega inscripción, para estar en aquel lugar. La leyó en silencio:

“Yo dominaré el mundo, aún después de muerto. Kazwak”.

—¿Fue el profesor quien hizo grabar esas palabras? —preguntó Bruno al conserje.

—Oh, no —respondió el otro, tras una mirada al lugar señalado—. No fue él. Todos los Kazwak han sido unos ególatras. Eso lleva ahí cincuenta o sesenta años. Tal vez más. Sirve para cualquier Kazwak. El profesor creo que hizo suyo el lema y murió diciendo eso mismo: que él sería amo del mundo después de morir.

—Ya veo... —Bruno Leslie miró en torno con aprensión. Contempló los sepulcros de los Kazwak. Luego, clavó su mirada en una losa del suelo. Allí leyó: “Aquí reposa Zoltan Kazwak. Pero no su sabiduría”. Alzó la cabeza—. Sigue la inmodestia herética de los Kazwak...

—Sí. Esa frase sí que figuraba en su testamento —sonrió el conserje—. Pero son tonterías, señor. Todo acaba ahí. Sabiduría, egoísmo, ambiciones...

Leslie estaba contemplando la losa.

—La losa no está asegurada, ¿verdad?

—No. Puede levantarse. Supongo que más adelante se cerrará del todo.

—Bien. Pues ayúdeme a levantarla ahora.

—¡Pero, señor...!

—Es orden de la SIP. Tengo autorización legal para hacer lo que considere preciso. Y eso lo es. Ayúdeme. Luego abriremos el ataúd.

—Sí... sí, señor... —susurró el conserje, estremeciéndose—. Usted manda...

Fue una labor dificultosa y lenta. Pero, finalmente, losa y ataúd estuvieron

abiertos, Bruno Leslie, jadeante, contempló el interior de la caja metálica, enviada desde la penitenciaria del Espacio al panteón de Budapest.

Había un cuerpo allí dentro. Un cuerpo formado con ropas y trapos rellenos de piedras. El peso exacto de un cadáver.

Pero ni rastro del profesor Zoltan Kazwak.

CAPÍTULO VII

¡EN LA PISTA!



O entiendo, Bruno. Ya veo lo que pretendes. Lo importante es que él no sospeche nada. En ese terreno mi hija puede ayudarte más que yo.

—¿Por qué, profesor Brooks?

Lukas Brooks sonrió con un gesto elocuente:

—Imagínate. Trabaja en la misma sección que el doctor Adam Emery, tu sospechoso ideal.

—Oh, entiendo... —los ojos de Leslie brillaron—. Pero puede ser arriesgado para Elsa. No me gustaría que corriera ningún peligro.

—De ella no puede sospechar Emery ni nadie. Es muy inteligente y aguda, sabrá hacer las cosas. En cambio, Emery sospecharía enseguida de ti. No es ningún tipo tonto.

—Lo imagino. Para ser discípulo de Zoltan Kazwak...

—A propósito de Kazwak —se interesó Brooks—. ¿Qué supones que ha pasado con él?

—No lo sé. En la penitenciaría juran una y mil veces que estaba muerto cuando salió con su ataúd hacia Budapest. Pero no es imposible crear un estado de muerte aparente. El hecho de que, en su última voluntad, Kazwak prohibiese que incinerasen sus restos, es significativa.

—De modo que, posiblemente, creó una droga, para fingirse muerto, o se la enviaron desde fuera. Y una vez sacado el ataúd con el presunto cadáver, un cómplice suyo, de absoluta confianza, le extrae de allí, metiendo un cuerpo falso, y Kazwak recobra la vida... y la libertad.

—Más o menos, ésa es mi teoría. Ahora puede manejar sus artes

diabólicas, si le place así, y crear ese "Polvo de Locura" que una vez fue un simple sueño y luego un afán buscado día tras día. Quizás el propio "Polvo de Locura" es la razón de que Kazwak haya escapado tan hábilmente de la penitenciaría del Espacio.

—¿No le busca ya la policía?

—Naturalmente. La SIP y todas las fuerzas policíacas están tras sus huellas. Pero Kazwak debe de estar muy bien escondido. Nadie dará con él, si antes no damos con su compinche, con el hombre que le ayudó a escapar de la penitenciaría y luego le sacó del ataúd, dejando en su lugar un monigote.

—¿El doctor Emery?

—Creo que sí. Por eso necesito controlar a Emery, saber qué hace y adónde va. Quizás Emery sea el único camino para llegar hasta el propio Kazwak y, en conclusión, hasta la propia razón y naturaleza, de esta demencia colectiva.

Lukas Brooks meneó la cabeza, con aire atónito.

—Cielos, Bruno, parece una fantasía. Si no me lo contaras tú, me parecería un imposible. Pero he leído algo sobre esos casos de demencia. Es posible que sea como dices... Aquí viene Elsa. Habla con ella y tratad de vigilar a Emery. Yo me cuidaré también, por mi parte, de observarle siempre que pueda, sin que él sospeche.

—Gracias, profesor. Otra cosa; no hable con nadie de todo esto. Queremos mantener el secreto. No sólo por los culpables, que ya saben que les pisamos los talones, sino para evitar la corriente de pánico que ha empezado a producirse en las gentes, a la vista de los acontecimientos.

—Descuida, Bruno. Es fácil de imaginar eso. Y si la gente se asusta, sería difícil controlar la situación. Vale más que ignoren el peligro que puede amenazarles, llegado el caso.

* * *

—Sí, Elsa. Ése es el caso.

—Dios mío... —la joven se estremeció, aproximándose más a Bruno Leslie—. Es un caso diabólico...

—Ésa es la palabra, Elsa. Diabólico. Una especie de Satán, anda suelto. Y, desde alguna parte del mundo, proyecta sobre determinados lugares una energía, polvo o lo que sea, capaz de provocar la locura homicida.

—Pero ¿por qué lo hace?

—Aún no lo sabemos. Tal vez asistimos a simples ejemplos, a experimentos aislados, encaminados a provocar el pánico y el horror en el mundo. El día que se amenace a las gentes con un elemento así, el caos llegará a todos los rincones. Ciudades y naciones se rendirían a quién fuese, con tal de eludir la amenaza espantosa de la locura. Y si esto es así, todo tiene

un camino, una norma fija y concreta: la megalomanía de Zoltan Kazwak y de su auxiliar Emery de llegar a conquistar el mundo.

—¡Conquistar el mundo! Eso es imposible, Bruno.

—¿Imposible? No tanto. Elsa. Esa nube dorada, en gran escala, podría provocar un desastre mundial sin precedentes. Cuando Kazwak o Emery estén seguros de lo que hacen, realizarán un experimento en mayor escala, una especie de aviso práctico para los demás. Luego llegará el ultimátum. Y la gente, aterrorizada, vencida por el pánico, aceptará las imposiciones, obligará a gobernantes y a superiores a ceder, y la victoria será de quien domine esa fuerza aniquiladora.

—Bruno, tú sufriste los efectos de esa nube dorada... y nada te sucedió. ¿Cómo lo explicas?

—No lo sé. Ni yo mismo lo he entendido aún. Siempre hay alguien que se libra del desequilibrio. Pocos son, pero debe de haber una razón especial, algo que impide que la mente sea atacada por esa energía o lo que sea.

—Lo importante es que has vuelto —le atrajo hacia sí y juntaron sus bocas. Separándose, musitó Elsa—: Pero yo tenía razón, Bruno. Los peligros son terribles. Mucho mayores de lo que yo imaginé. No es lo mismo pelear con hombres que con fuerzas llovidas del cielo...

—Es preciso seguir luchando, Elsa. Si hoy tu padre y tú conocéis todos los detalles de este asunto es porque me han autorizado a referíroslo. Necesitamos vuestra ayuda.

—Cuenta con ella, Bruno.

—Elsa, piensa un poco antes de afirmar. El asunto puede encerrar peligro...

—Te he dado mi respuesta. Dime lo que esperas de mí.

—Verás... —Bruno respiró hondo. Le refirió su teoría y la de la SIP acerca de Emery y Kazwak. Por fin le explicó lo que deseaban hacer, vigilando de cerca a Emery. Y al concluir, remachó—: Elsa, es un asunto arriesgado. Si Emery es culpable, si él fue, como todos suponemos, el que provocó la supuesta muerte de Kazwak para sacarlo de la penitenciaría, y desde entonces empezaron a lanzar nubes de locura sobre diversos puntos del país, como primer escarceo para una más amplia y terrible operación, estará alerta siempre. Una sospecha sobre ti puede forzarle a atacarte, a intentar terminar contigo. Ten en cuenta que ya ha eliminado a uno de sus propios hombres, uno de los que tenían por misión eliminarme a mí. Y no vacila en provocar auténticas matanzas, como simple plan experimental. Son ideas infrahumanas, alimentadas por Kazwak y continuadas por la perversidad de su discípulo preferido.

—Emery no tiene aspecto de nombre perverso, sin embargo.

—Las apariencias no pueden ser de fiar. Emery es nuestro hombre, no te quepa eluda. Él debe informar a Kazwak del tiempo que va a hacer el día

elegido. Y entonces lanzan la nube dorada, que el viento dispersaría tal vez, haciéndola inútil, o extendiéndola excesivamente.

—Muy bien, Bruno. Yo trabajo cerca de Emery; le vigilaré. Y dime si debo hacer algo más. Si este asunto es como tú piensas, no solo afecta a la SIP el combatirlo, sino a toda la Humanidad, si quiere defenderse de esa plaga o azote que la amenaza.

—Sólo quiero que lo vigiles y nos informes con cierta frecuencia. Elude todo posible peligro, no des ningún paso en falso. Yo estaré cerca también. Muy cerca, cuidando asimismo de Emery. Creo que entre los dos podemos llegar a desenmascararlo, o a descubrir la forma en que se comunica con Kazwak. Sí logramos cazar al profesor húngaro, Emery caerá por sí solo y el peligro se habrá conjurado. ¿Dispuesta, Elsa?

—Dispuesta, querido.

—Dios te lo premie... y suerte —se inclinó y la besó de nuevo.

Elsa sonrió satisfecha, respondiendo:

—La tendré, Bruno. No podemos perder esta lucha.

* * *

El doctor Adam Emery abandonó la mesa de trabajo y empezó a despojarse de su blanca bata plastificada.

Era un hombre severo y silencioso. Alto, enjuto, de expresión grave, casi taciturna. Los ojos, inteligentes y agudos, centelleaban tras los cristales de sus gafas, siempre escrutando cuanto veían, como queriendo analizarlo hasta el fondo.

Se cruzó con aquella encantadora y sonriente muchacha de cabellos rubios y ojos intensamente azules y la saludó. La hija del profesor Brooks era una criatura deliciosa. Y una buena colaboradora, a la hora del trabajo científico.

Pero la olvidó enseguida, para dedicarse a pensar tan sólo en sí mismo y en sus cosas. Adam Emery tenía una gran facilidad en olvidarse de los demás. Quizá la aprendió de su maestro, el profesor Kazwak. Él siempre decía que uno era lo principal y que en torno a cada uno giraban el mundo y la vida. Una teoría absoluta, egoísta sobre todas las cosas. Y Emery la compartía. Él era el centro de su propio mundo.

Salió con la humana riada que formaban, los distintos sectores del gran C.U.D., o Departamento Universal de Climatología. Eso no significaba para Emery que terminase el trabajo. Después la labor continuaba, lejos del Departamento. Era una labor intensa y estrictamente secreta.

Además, mientras caminaba rápidamente por la amplia acera de la Avenida Nacional de Manhattan, la nueva vía urbana destinada a edificios oficiales y centros científicos e industriales de Nueva York, captó unas palabras, cruzadas entre dos muchachas, detenidas junto a una parada de

turbomóviles.

—... si quieres, podemos ver a esos chicos dentro de tres días.

—¿Tres días? Oh, no, Cathy. ¿Olvidas acaso que dentro de tres días es sábado?...

Su rostro se endureció. Sábado; fin de semana... Había pasado muy rápidamente aquella semana. Pero volvía el sábado. Y después el domingo... Domingo...

Apresuró el paso y alcanzó su propio turbomóvil, un vehículo oscuro, de dos plazas. Pero nunca se ocupaban las dos, bastaba con una sola. Él siempre iba sin compañía. Eludía a la gente, evitaba amistades o confianzas con los demás.

Su vehículo arrancó, conducido con mano diestra. Se perdió por la amplia avenida bordeada de árboles artificiales. Pero detrás suyo otro turbomóvil, rápido y diestro, siguió su propia trayectoria urbana.

Emery no podía advertirlo. No podía descubrir que, entre el tránsito a ras de tierra, un turbomóvil viajaba en aquella dirección porque el suyo también lo hacía. Y que, dentro de él, una muchacha de ojos azules y cabello rubio seguía al vehículo, materialmente fija su mirada en la popa del coche del doctor Emery.

El plan de Bruno Leslie empezaba a llevarse a efecto. Y, al parecer, con éxito absoluto.

* * *

No debía hacer ningún ruido. Era absolutamente preciso que las cosas salieran bien, o de lo contrario la descubrirían y todo se echaría a rodar.

El doctor Emery estaba en su gabinete de trabajo. Se veía luz tras la ventana opaca del mismo, y su sombra pasaba una y otra vez, con febril actividad. Eso no podía considerarse acusatorio. Cualquier hombre podía hacerlo, si gustaba trabajar una vez concluida la labor cotidiana.

Pero a Elsa Brooks le resultaba extraña la actividad de Emery, tras las horas de labor en el Departamento. O poseía una gran capacidad para el trabajo, o tenía una poderosa razón para hacer lo que hacía.

Desde su atalaya de la terraza del edificio vecino, Elsa pasó sigilosamente a la de la propia vivienda de Emery, para vigilar más de cerca. Siguiendo sus maniobras tras el vidrio translúcido, no resolvía nada ni descubría cosa alguna.

Una estrecha banda metálica le sirvió para cruzar el pasaje que se abría entre ambos edificios. Pisó la terraza de la vivienda de Emery y se acercó paso a paso hasta la ventana.

Se dijo que no era posible, no podía tener tanta suerte. La ventana, antes herméticamente cerrada, había sido abierta ligeramente por el profesor Emery.

Pudo aproximarse a su recuadro iluminado, pegado al muro del pabellón de la azotea, y asomarse por la rendija de la ventana abierta.

Allí estaba Emery trabajando activamente, inclinado sobre una mesa. Un tubo de ensayo junto a él, humeaba. Sobre la mesa, un recipiente esférico contenía algo que hervía y que parecía poseer un color oscuro. Cerca de Emery, una cafetera eléctrica funcionaba, a punto de verter la infusión sobre una taza ya dispuesta.

Elsa no perdió tiempo. Llevó su mano izquierda al bolsillo superior de su blusa y extrajo una cajita plana, de color granate, parecida a lo que, cincuenta, años atrás, era un receptor de radio a transistores.

Seguía siendo una radio. Pero, en vez de transistores, llevaba una pila nuclear reducida que aumentaba su potencia considerablemente. Elsa la conectó, giró un dial hasta hallar determinada graduación, y entonces comenzó a pulsar un resorte lateral, en forma de tecla, que cedía suavemente a la presión de su dedo, ya fuese esta larga o breve.

La muchacha comenzó a emitir rápidamente por radio su mensaje en Morse. En otro extremo de la ciudad tal vez, si había suerte y si Bruno permanecía a la escucha, recibiría claramente lo que ella le estaba informando, convertido en sonidos breves o largos, según fueran puntos o rayas lo emitido por Elsa.

No era un procedimiento extraordinario, pero sí sumamente útil. Leslie sabía que ella había adoptado tal medida para comunicar con él en determinado momento. ¿Estaría escuchándola?

Se inclinó, atendiendo a las maniobras de Emery ante su mesa de trabajo. Le vio sujetar el tubo con la mano derecha. Su izquierda alzó la tapa de la esfera de vidrio.

Elsa casi lanzó un grito. Una nubecilla de polvo flotó sobre la mesa, entre las enguantadas manos de Adam Emery... ¡Polvo dorado y denso, que se movía flotante, casi a ras de la mesa!

"Atención, Leslie... Atención, Leslie... —repetía en el llamador Morse—. "Polvo dorado" en mesa trabajo Emery... Polvo dorado encerrado en una esfera de vidrio... Atención, Leslie... Está experimentando con Polvo de Locura...".

Abstraída, repitiendo punto por punto con el transmisor Morse todo lo que había visto en el laboratorio privado de Adam Emery, Elsa dejó de observar a éste por unos momentos.

No descubrió, por tanto, el hecho de que Emery se había puesto súbitamente rígido, con la mirada fija en la roja luz de un contador Geiger de radiactividad, colocado sobre su mesa. Los intermitentes parpadeos de la luz

señalaban la proximidad de una pila atómica. En su esfera graduada, una aguja señalaba obstinadamente hacia el norte-noroeste.

Adam Emery, con repentina agudeza, miró por un espejo del muro, hacia la ventana entreabierta. ¡Era la dirección exacta, señalada por el detector radiactivo!

Con parsimonia, como si no hiciera nada de particular, se movió por el laboratorio. La nube de polvo dorado se posó en la mesa al dejar él de pulsar un complicado sistema de teclas de una caja rectangular.

Se movió por la estancia hasta una puerta lateral, por la que desapareció rápida y sigilosamente. En la mesa, la cafetera comenzó a hervir, lanzando un negro y aromático chorro en la taza vacía.

Arriba, la joven espía terminó su transmisión.

Asomóse por la rendija con cautela y, sobresaltada, observó la ausencia del doctor Emery. Le buscó ansiosamente con la mirada por toda la estancia, pero fue inútil.

Iba a volverse para alejarse prudentemente de allí, cuando una voz sonó a su espalda:

—¿Buscaba algo, señorita Brooks?

Se volvió con un violento gemido, dilatados sus, ojos por el terror. Quiso pulsar la tecla del transmisor, al verse ante la figura erguida y temible de Adam Emery, pero él no se lo permitió.

Arrancó el transistor de sus manos. Y cuando la joven quiso gritar, Emery, con brutal decisión, le asestó un rudo mazazo en la sien. Sin un gemido, el cuerpo de Elsa Brooks rodó a sus pies.

El doctor Emery la contempló con expresión virulenta. Luego examinó el transistor atómico y comprendió su utilidad. Estudió la longitud de onda en que emitía y, con una nueva ojeada a la inconsciente muchacha, soltó una breve y burlona risita.

CAPÍTULO VIII

A LA DESESPERADA


ESAPARECIDA! ¡Elsa ha desaparecido sin dejar rastro!

—Y lo que es peor, Adam Emery ha desaparecido también.

Bruno Leslie meneó la cabeza afirmativamente. Estaba soportando las miradas acusadoras de Donald Callowan y del profesor Brooks. Sentíase responsable de que aquello hubiera sucedido. A él se le había ocurrido la idea de lanzar a Elsa en pos de Emery. Y Elsa había cometido una grave imprudencia al querer saber demasiadas cosas tan pronto. Quizá también fue un error emitir señales con un transmisor atómico. Un simple detector Geiger la habría delatado. Y Emery debía de poseer un Geiger.

La SIP acababa de registrar la vivienda de Emery, tras su falta de asistencia al trabajo habitual en su Departamento. Encontraron que todo cuanto Elsa había comunicado en Morse a Bruno —mensaje que llegó a su destino— había desaparecido sin dejar la menor señal. Solamente quedó la cafetera eléctrica y la taza mediada de café, como una burlona omisión del desaparecido.

Bruno Leslie sentíase enojado consigo mismo y con todo aquello. Estaba pálido, alterado, realmente furioso por la forma en que se habían precipitado los acontecimientos.

Hacía apenas unas horas que Elsa le comunicara sus impresiones y terminase el mensaje indicando: "Ahora cierro. Comunicaré más tarde".

En toda la noche la comunicación no había llegado. Al día siguiente, Bruno acudió al C.U.D. para entrevistarse con ella, pero Elsa no apareció. Su padre ignoraba totalmente dónde se hallaba. No se había inquietado hasta entonces porque Elsa hacía una vida independiente; si iba al cine con alguna amiga por la noche, al volver a casa su padre dormía, y luego, por entrar él más pronto a la labor en el Departamento Universal de Climatología, no llegaban a verse hasta coincidir en el trabajo.

La alarma aumentó de grado al comprobar que Emery no había acudido al trabajo. Leslie se aventuró a dirigirse a casa del doctor, pero no le encontró. Tampoco halló rastro de la esfera conteniendo polvo dorado, que Elsa le citara en su informe. Ni el tubo de ensayo, ni la caja rectangular de metal oscuro, con teclas. Nada, absolutamente nada. Tampoco papeles, apuntes ni cosa

alguna que pusiera en claro los acontecimientos.

En la terraza había huellas de pisadas. Pero nada más. Ni Elsa ni el doctor Emery aparecían por parte alguna.

Entonces se dio la alarma general. La SIP lanzó a sus patrullas en busca de la muchacha desaparecida. Se dio orden de capturar vivo al profesor Emery y todos se lanzaron a la acción directa y sin cortapisas, seguros ya del terreno que pisaban.

El caso, al menos, se había materializado. Ya no se luchaba contra una locura venida del vacío, de forma y naturaleza inconcreta. Se luchaba contra un hombre. Por hábil, diabólico y astuto que fuese, era un hombre. Se le podía acorralar, vencer. Aquel hombre dominaba el polvo de oro de la locura colectiva. Era preciso, absolutamente preciso, darle caza. Vivo o muerto, si era preciso. Pero antes era necesario rescatar a Elsa, si todavía estaba viva.

Ahora, mientras la búsqueda febril continuaba, Bruno había trasladado hasta Washington al profesor Brooks, el padre de Elsa. Estaba pálido, lleno de temores y de angustias respecto a su hija. Ambos hombres, igualmente apesadumbrados, habían llegado a presencia del jefe supremo de la SIP. Callowan ni siquiera se acordaba de fumar sus famosos cigarros. Quizá por nerviosismo, quizá por su inveterada costumbre de dejar el tabaco habano mientras un caso no se resolvía...

—No es un reproche, Leslie —intervino después Callowan, comprendiendo lo que sentía su agente—. Su idea fue buena. Elsa era la persona indicada para seguir a Emery. Pero "solamente seguirle". Quiso saber demasiado y eso fue lo malo... Dios quiera que no todo se haya perdido. Debemos tener fe y confianza.

—Me sobra la fe. Y confío en ustedes más que en nadie —dijo roncamente Lukas Brooks, estrujándose las manos, una contra otra—. Pero, compréndanlo, amigos míos... Soy el padre de Elsa, ella es lo único que tengo en mi vida... ¡Es preciso que den con ella! ¡Es necesario que la rescatemos, antes de que Emery o ese loco del profesor Kazwak, si ciertamente vive aún, la sometan a algún horrible experimento!

Bruno sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. La idea expuesta por el profesor Brooks era monstruosa. ¡La locura... experimentada fríamente en Elsa! No era posible tanta maldad... Pero, sin embargo, todo podía esperarse de seres como aquéllos. No resultaba tan disparatado el temor del infortunado sabio.

—Creo que tiene usted razón, profesor Brooks —manifestó roncamente Bruno Leslie, humedeciéndose con nerviosismo los labios—. Cualquier cosa podría ocurrirle a Elsa, en manos de unos locos llenos de sadismo, que han sido capaces de provocar muertes a mansalva, como serían capaces de destruir medio mundo si, llegado el día, no nos sometemos los países y gobiernos a su mandato. ¡Oh, Dios, si tuviera al menos una ligera idea del lugar adonde ese

maldito Emery ha llevado a Elsa...!

—¿Cómo podemos saberlo, Bruno? —se lamentó Callowan—. Es imposible adivinarlo. No solo el mundo, con su amplitud y millones de refugios, insospechados, sino el mismo espacio, otros mundos, podrían servir de escondite a ese monstruo.

Bruno Leslie volvió a sentir dentro de si aquella corazonada extraña. Algo de lo oído en aquel despacho había impresionado vivamente su subconsciente. Una idea dispersa, un simple comentario... ¿Cuál era?

—Por favor, señores. Creo que tengo una idea —dijo roncamente.

—¿Cuál, Leslie? —preguntó Callowan, excitado.

—Sí, Bruno —saltó el profesor—. ¿De qué se trata?

—Vale más que no sepan nada por el momento. Pero si confirmo mi idea, es posible que encontremos el camino que ha seguido Elsa Brooks... ¡y hasta el lugar desde donde se arroja a las gentes la plaga de ese polvo enloquecedor!

Pidió permiso para ausentarse de la oficina de la SIP. El profesor Brooks se quedó con Donald Callowan, mientras Bruno Leslie, en un aeroturbo, partía a gran velocidad de regreso a Nueva York.

Era absolutamente preciso pedir fotografías de la imagen que captaban los visores de la torre de control de Nebraska, donde muriera Rand Hallman y viviera él su alucinante experiencia, entre la muerte y la locura. También necesitaba unos datos concretos del Observatorio Nacional y de los espacio-vigías. Cuando tuviera todo eso tal vez estuviera más cerca de la solución.

Una frase de Callowan le había dado la pista. Y uno de los informes de Elsa, desde la vivienda del profesor Emery, otro de los datos fundamentales que creía poseer para llegar a derrotar la ola aérea de locura y a su amo y señor.

Sudoroso, agotado, se retiró de la mesa de trabajo.

Ahora todo aquello cobraba forma. Una forma concreta, rotunda. Tal vez estaba, por fin, ante una de las soluciones. Su sospecha había sido fundada, o él estaba completamente equivocado y no tenía la menor idea del asunto.

Rápidamente, telefoneó al Servicio Especial de la SIP. Su demanda fue rápida, concisa:

—Dispongan un aerocohete de dos plazas y gran velocidad. Es urgente, muy urgente. Misión especial. Destino: el espacio...

* * *

Ultimó sus preparativos para partir. No disponía de mucho tiempo, si quería anticiparse al juego diabólico de sus enemigos. Hasta entonces había actuado siempre a remolque de los demás, dominado por unas circunstancias imprevisibles, por unos hechos anómalos, totalmente fuera de lo común.

Pero, de súbito, una serie de ideas dispersas, inconexas, se habían asociado

en su aguda mente. Su cerebro, acicateado por el peligro mortal que corría Elsa Brooks, había entrado en acción con una urgencia y precisión asombrosas.

Ahora creía estar seguro de muchas cosas. Unos informes policíacos y científicos sobre el profesor Kazwak y otros acerca de Emery terminaron por completar su teoría, que casi era una convicción plena. Para serlo del todo, sería preciso que se confirmase en la realidad, que diera, por fin, con el ansiado resultado final.

Puso el aerocohete en marcha. Ésta era una misión total, absolutamente secreta. Había comunicado con Callowan poco antes, por la onda privada, de la SIP, a la que solo tenían acceso elementos. Callowan sabía lo que se proponía, pero nada más.

El resto dependía de él. Sus ideas necesitaban ser confirmadas.

En la rampa de lanzamiento del Espaciódromo de Nueva York llamearon los reactores nucleares de la nave, ligera y esbelta, con las iniciales de la Spacial International Police sobre el fuselaje color azul cobalto.

La aguda proa hendió el espacio. Como una saeta de acero y aluminio, ligera y precisa, comenzó a ascender, a ascender con velocidad creciente, bajo el dominio del hombre.

Solamente Bruno Leslie se sentaba al volante de su nave. Mantenía los ojos fijos ante sí, en la inmensa extensión de los espacios, a donde el brazo de la ley llegaba ahora con la misma fuerza que a cualquier rincón de la tierra. Ocasionalmente comprobaba por la pequeña pantalla del televisor la marcha del vehículo espacial surcando el azul sin límites.

Pronto quedó atrás la Tierra. Leslie movió los mandos de su nave y en la pantalla asomó la faz azulada, brumosa y achatada de la esfera terrestre, perdiéndose a su popa.

Situó los mandos automáticos, centrando el rumbo de la nave. Luego, con calma, encendió un cigarrillo y se incorporó, caminando por la nave con total normalidad, gracias a sus botas magnéticas y a la gravedad artificial creada dentro de la pequeña nave espacial.

La atracción terrestre quedaba ya atrás, mientras la velocidad de la nave crecía y crecía, hendiendo ya la negrura del vacío, con sus millones de luces distantes, que ahora ya no parpadeaban, y eran como ojos remotos, cuajados de luz, asomando a la eternidad oscura de los espacios siderales.

Bruno Leslie se preparó una taza de café en el aparato eléctrico de funcionamiento rápido, adosado al tablero inmediato al instrumental de control y mando de la nave.

Si estaba equivocado, se alejaba más y más de su objetivo. Quizá definitivamente y sin salvación para Elsa. Pero cada vez se hallaba más convencido de que la mano perversa que dominaba el polvo dorado manejaba su terrible arma desde el espacio exterior, proyectando su amenaza sobre la

Tierra. Los cálculos y comprobaciones habían fijado exactamente un lugar de origen, si la posición de la Luna en aquellos domingos en que sucedieron los hechos, era exactamente la que tenía en sus datos Bruno Leslie.

La propia Luna, en el extremo sudoeste del Mar de la Serenidad, era el punto de origen. En todos los casos en que sucedieron los ataques de locura, al trazar una imaginaria línea recta entre la Tierra y la Luna, pasando por la posición primitiva de la nube dorada, terminaba indefectiblemente en el mismo punto, sudoeste del Mar de la Serenidad, en el satélite natural de la Tierra.

¿Había llegado la amenaza desde la Luna?

Era lo que quería comprobar ahora. Aquella zona del Mar de la Serenidad quedaba muy distante de Luna Término y de las Colonias terrestres en el satélite. Era un lugar desolado. Un lugar donde podía ocultarse alguien para, desde allí, hacer a la Tierra blanco de sus ataques.

Y el profesor Zoltan Kazwak, según los informes que sobre su vida constaban en los archivos de la Cámara de la Ciencia de Nueva York y Budapest, había residido varios años en la Luna, en un lugar ignorado por todos, cuya situación jamás reveló.

Por eso volaba ahora hacia el astro de la noche terrestre. Por eso parecía alejarse del lugar donde podía estar la solución para buscarla en zonas más distantes.

Por eso también, si estaba en un error, habría perdido la última oportunidad de salvar a Elsa. Y, tal vez, de salvar a la especie humana de un peligro de muerte como aquél.

Sus reflexiones se interrumpieron. Estaba encendiéndose intermitentemente la luz verde del emisor-receptor de radio. Le llamaban desde la base.

Aplastó el cigarrillo y corrió al aparato, conectándolo.

—Bruno Leslie a la escucha —recitó—. Bruno Leslie, en la nave SIP-154, a la escucha. Informe, Base.

—Aquí Base NY-1 —respondió la voz monocorde del radiotelefonista—. No se retire, Bruno Leslie. Aquí Base NY-1. El propio jefe al habla...

Y luego la voz de Callowan:

—¡Leslie! ¡Leslie, escúcheme!

—Leslie escucha, señor.

—Ya no es necesario que vaya a ninguna parte del espacio, Leslie. El juego ha terminado. Y aquí, en la Tierra...

El corazón le dio un vuelco. Sintió que su piel vibraba, sacudida por un escalofrío nervioso. Un sudor helado cubrió su frente y agarrotó las manos en los mandos.

—Informe, señor —pidió roncamente—. ¿Qué ha sucedido?

—Encontramos a Adam Emery.

—¿Eh? —Leslie se inclinó, excitado. Sus ojos centellearon—. ¿Cómo, señor?

—En un refugio de la montaña, no lejos de Nueva York. Brooks recordó que allí tenía Emery una especie de residencia para sus fines de semana. Acudieron fuerzas de la Patrulla Volante y encontraron a Emery.

—¿Y a Elsa?

—No. Nada sabemos sobre ella. Seguimos buscando. Pero tiene que aparecer, Leslie. No en el espacio, por supuesto. Regrese enseguida, muchacho.

—¿Se dejó capturar sin resistencia el doctor Adam Emery?

—No podía hacer ninguna resistencia, Leslie. Estaba muerto...

—¡Muerto!

—Sí, Leslie. Emery se mató con sus experimentos. Hubo un escape de gas letal y no pudo escapar del laboratorio, herméticamente cerrado.

—Ya... ¿Algún rastro del polvo dorado?

—Solamente una esfera de vidrio, conteniendo residuos de ese polvillo maldito. Nada más. ¿Cuándo regresa, Leslie? Me hará falta para localizar a Elsa... viva o muerta. Y para encontrar el lugar donde Emery ocultaba sus provisiones de polvo de la locura...

—Lo siento, señor. Pero creo que será mejor que siga adelante.

—¿Está loco? ¿Y para qué? ¿Adónde va ahora?

—Si Emery ha muerto, señor, otra persona queda con vida. Alguien que tiene en sus manos ese poder destructor.

—Kazwak... ¿Se refiere a eso?

—Por supuesto, señor. Kazwak sigue sin aparecer. Y nos consta que su cuerpo no está en el panteón de Budapest. Si lo que imagino es cierto, será mejor que siga adelante. Si no lo es, creo que valdrá más que lo compruebe y luego regrese. ¿Qué me contesta, señor? Espero sus órdenes.

Hubo una pausa. Si le ordenaban volver a la Tierra, tendría que rebelarse y afrontar las consecuencias. No estaba dispuesto a retroceder ni siquiera por orden de Callowan.

Pero Callowan era un hombre lleno de agudeza y de inteligencia. Confiaba en el instinto y habilidad de sus hombres. La respuesta que llegó fue afirmativa:

—Está bien, Leslie. Continúe, si eso le ha de dejar tranquilo. Pero no sé qué puede encontrar ahora, lejos de la Tierra. Ese peligro no venía del espacio, muchacho.

—Tal vez no, señor. Pero sustento una teoría diferente. Sería terrible que resultara ser cierta y lo comprobáramos cuando fuese ya demasiado tarde.

—Muy bien. Adelante, y suerte. Pero no le enviaré más hombres. Los necesito a todos aquí. Tendrá que valerse por sí solo, Leslie, vaya adónde vaya ahora.

—Lo haré, señor —sonrió duramente Bruno Leslie—. Soy un lobo solitario, habituado a pelear sin compañeros al lado. Gracias de todos modos. Corto, señor.

Cerró la conexión y clavó su mirada en la redonda y blanca faz lunar, muy visible ahora, lejos de la atmósfera terrestre. Había contemplado esa misma esfera blanca, apenas visible en el cielo diurno, cuando estuvo en la torre de Hallman. Como sin duda lo hiciera el propio Hallman sin sospechar que precisamente allí, en su ingenua faz blanca y redonda, estuviese posiblemente el origen de la Muerte.

Adam Emery había muerto. Accidentalmente, al parecer.

Bruno Leslie estaba seguro de que no era así. A Emery le habían asesinado. Y su asesino era ahora el amo único, total, de aquella arma temible. La locura, el polvo maldito de la demencia, estaba en manos de un solo hombre. Y esa misma persona tenía tal vez en su poder a Elsa.

Suponiendo que no la hubiese matado ya. Pero, fuese cual fuese la realidad, Bruno Leslie no la rehuía. Se encararía valerosamente con ella.

A la desesperada. A vida o muerte.

CAPÍTULO IX

EL MONSTRUO


E había recuperado lenta, muy lentamente.

Al principio, apenas si recordó nada. Pero después, con una calma y una serenidad magníficas, fue adaptándose a su actual situación. Recordó lo sucedido últimamente:

La emisión dirigida a Bruno, la desaparición de Emery de su laboratorio, su brusca salida a espaldas suyas, el momento de serle arrancado el transistor nuclear, el golpe que la desvaneció brutalmente...

Y ahora, allí estaba. No sabía dónde. El lugar era oscuro y silencioso. Respiraba con facilidad. Se sentía ligera, a pesar de las ligaduras que la oprimían, reducida sobre un blando lecho, rodeada de negruras, únicamente allá arriba, junto al techo de la cámara oscura en que se hallaba metida, Elsa podía descubrir una angosta ventana alargada, situada sin duda a ras de un suelo superior. Había luz allí. Una luz azulada, tenue. Y se percibían pasos de vez en cuando. Pasos y movimiento de objetos de cristal o metal.

Se estremeció. Estaba en poder de Adam Emery o de su siniestro cómplice, el profesor Kazwak, el hombre desaparecido de su tumba en Budapest. La idea la llenó de horror.

¿Adónde la habían conducido? ¿Era ésta su madriguera secreta, el lugar desde el que emitían las nubes de la demencia hacia los lugares elegidos al azar?

Si era así, posiblemente nadie daría con ella. Estaría en un desierto, en una jungla o en la cumbre de una montaña, donde la SIP no podría hacer llegar, su largo y poderoso brazo, donde Bruno Leslie jamás llegaría, porque ignoraba su emplazamiento.

Arriba, el rumor de objetos removidos continuaba. Los pasos tenues, lentos, también. Siguieron extraños, agudos chillidos débiles, como de rata. Luego, un murmullo. El murmullo de un hombre que comenta, que habla solo.

Aguzó el oído. Pero el murmullo no se repitió. Había vuelto el silencio. Unos pies pasaron ante el hueco estrecho del ventanuco. El faldón de una bata oscura revoloteó ante la mirada expectante de Elsa Brooks.

Luego, el silencio de nuevo. Más absoluto aún que antes. Se sintió muy

afligida y lloró, en la oscuridad de la estancia. Pero nadie podía acudir a su llanto.

* * *

Las manos enguantadas alzaron la tapa del recipiente. De él emergió una nube dorada que pareció reptar con vida propia. Se movía en una u otra dirección, según los objetos que eran colocados sobre la mesa. Acudía, sobre todo, allí donde algo metálico atraía las partículas doradas, como un imán ante las limaduras de hierro.

Los ojos del hombre siguieron los culebreos del polvo de locura con avidez, casi con sadismo. Debajo del polvillo había una urna rectangular, con ratoncillos blancos, graciosos e inofensivos.

Comenzaron a correr y a chillar. Poco después se despedazaban entre sí a dentelladas, como fieras salvajes. Ni uno solo sobrevivió a la feroz matanza.

El hombre que manejaba el polvo de locura sonrió. Una sonrisa torva, maligna. Musitó entre dientes:

—Lo he logrado... He logrado la mayor y más potente mezcla. Es la hora de lanzar el ultimátum. ¡Seré el amo del mundo!

Se apartó de la mesa, tras situar en el fondo del recipiente un objeto metálico. El polvo regresó rápidamente al interior y él cerró el envase. Sonrió de nuevo, contemplando su obra, y se encaminó a la puerta. Pasó junto a una estrecha abertura a ras del suelo. Abajo, alguien sollozó. Pero él pareció no escucharlo siquiera.

* * *

Se situó majestuosamente ante los potentes micrófonos y graduó el selector de frecuencia en el punto deseado. Cuando él hablase, el mundo entero le oiría. Por todos los receptores de radio o televisión surgiría su voz, ahogando cualquier otra emisión. La potencia de su emisora era capaz de ello.

Todos los domingos habían tenido un signo trágico últimamente. Pero aquel domingo iba a ser peor aún. En el disparador, junto a los micrófonos, acababa de introducir una cápsula en forma de proyectil. Dentro, una cantidad condensada del polvo dorado volaría hacia la Tierra. Hacia el punto elegido, que se fijaba en un colosal teleobjetivo graduado, bajo el cual se descubría la Tierra, inofensiva y ajena al terrible peligro que llegaría de la Luna.

La enorme fortuna de Kazwak había servido para crear todo aquel poder, toda aquella fuerza. Ahora había llegado el momento de emplear toda aquella fuerza para destruir.

Luego, mientras una ciudad entera enloquecía y los seres se despedazaban unos a otros, su voz resonaría en el resto del mundo, advirtiéndoles que aquello era solamente el principio. Y que él, amo y señor de la locura controlada por el hombre, deseaba el poder sobre toda la Tierra. De lo

contrario, ciudad a ciudad, país a país, irían destrozándose entre sí, víctimas de la manía enloquecedora de matar.

Apoyó la mano enguantada en el disparador. Había llegado el momento...

—Ha perdido usted la partida, profesor. Se terminó su juego.

El hombre giró en redondo, con un aullido de terror. Se enfrentó, desmesuradamente abiertos sus ojos, con el hombre que le apuntaba con una pistola de cargas explosivas.

—¡Bruno Leslie! —chilló, espumeando de rabia sus labios contraídos—. ¡Usted!

—Yo. Y muy a tiempo, profesor. Llevo varios días en la Luna, buscando su refugio secreto. Lo he localizado y he sabido esperar —sonrió dura, implacablemente—. Le esperé aquí, encerrado, sabiendo que llegaría, y convencido de que hoy, domingo, intentaría su golpe supremo. Lo tiene todo dispuesto, ¿verdad? Sólo le ha fallado... su impunidad. Yo sabía lo que planeaba, sabía lo que iba a hacer. Y mientras usted me creía muy lejos de su refugio, yo ya estaba aquí, acechando, aguardando el instante para salir y cortarle las alas.

—¿Cómo... cómo pudo imaginarse... todo esto? —jadeó roncamente el hombre, con una lividez de muerte en el rostro.

—No fue difícil, en cuanto supuse que la locura llegaba del espacio exterior. Algo que a nadie se le ocurrió antes. Recordé que siempre se veía la Luna frente por frente a la Tierra, a la hora de suceder los accesos de locura. Supe que el profesor Kazwak vivió aquí mucho tiempo, dedicado a sus experimentos. Lo demás era fácil: localizar exactamente el punto de origen de los ataques con esa materia magnética, capaz de provocar el desequilibrio mental con su influjo sobre la mente humana indefensa, y que por sí solo se aproxima a los metales, por ser magnético ese polvo. Ocurría con la torre de control de Hallman, con las grúas y maquinarias del campamento minero en los Adirondacks, con las máquinas de talar en el Oregón... Siempre se quedaba en las alturas y siempre acudía a los metales. Pero me preocupaba la forma de llegar hasta la Tierra. Y comprendí que venía desde la Luna, enviado en un proyectil teledirigido, que estallaba en determinado punto, dispersando el polvo que, por magnetismo, acudía donde había metales. Y donde hay metales hay hombres, profesor. Un maquiavélico y perverso plan para acabar con la Humanidad.

—Creí que sospechaba del doctor Emery...

—Eso es cierto. Dejé de sospechar, sin embargo, al saber que murió. En realidad, Emery no pretendía seguir los pasos de su maestro, ni era un criminal. Lo que intentaba precisamente era evitar la locura. Y experimentaba en secreto para dar con un antídoto. Por cierto que lo había encontrado ya.

—¿Cómo lo sabe? Emery no vive ya...

—Claro. No vive, porque usted lo mató. Pero al llevarse todo lo que él

tenía por allí, cometió el error de dejar la cafetera eléctrica. Entonces recordé algo que muchas veces me cruzó por la mente, sin fijarse concretamente en mi entendimiento: en todos los casos en que alguien no había sufrido la locura había café por medio. La señora Hallman no sufrió el acceso de demencia. Pero sí Rand... que no aceptó tomar el café. El minero semiparalítico de los Adirondacks también tomó café antes de suceder la locura colectiva. Y la familia del leñador McDale, en Oregón. Y yo mismo, con "Titán", en la torre de control. También tomó café Emery, me lo dijo la propia Elsa por radio. El café era el antídoto. La cafeína es el antiproducto que anula el efecto de su polvo magnético, profesor. Y ahora, en estos momentos, todo el mundo, en la Tierra, toma cantidades fuertes de café, o se le inyecta cafeína para evitar la epidemia. No hubiera logrado usted nada con todo eso; ha fracasado.

—Ya... —inclinó la cabeza, vencido, abatido—. ¿De modo que ha sido tan listo como para descubrir todo eso y hundir mi proyecto de conquistar el mundo?...

—Sí, profesor. El juego se terminó, ya se lo dije. Toda esta fortuna gastada en esos cañones que alcanzan con sus proyectiles a la Tierra, esa potente emisora, esos medios colosales puestos a contribución de una idea demoníaca y disparatada, no podían servir de nada a la larga. Dios está siempre con el débil y con el que no puede defenderse, profesor.

—¿Cuándo sospechó la verdad completa? ¿Por qué sabía que los domingos era el día en que tenían que ocurrir estas cosas?

—Porque era en los fines de semana cuando usted tenía libertad para actuar sin testigos ni cortapisas, cuando podía desplazarse en un cohete rápido de la Tierra a la Luna y realizar su plan, metódica y fríamente. Eso me dio la clave. Si no era Emery el culpable, ni jamás fue discípulo de Kazwak, "entonces tenía que ser usted el culpable, profesor BROOKS".

CONCLUSIÓN

Lukas Brooks, el padre de Elsa, no dijo nada. Permaneció quieto, sombrío.

—Bien. ¿Y qué va a hacer ahora, Bruno?

—No lo sé —Leslie se encogió de hombros, con un gesto de dolor—. No lo sé, profesor. Y eso es lo terrible...

—Mi hija está viva. Ignora que yo soy...

—Lo suponía. Dejé de sufrir por su suerte cuando sospeché que era usted el continuador de la loca empresa de Kazwak, el que le envió el veneno a la prisión y el que, posteriormente, hizo extraer el cadáver del ataúd, deshaciéndose de él sin duda, pero dejando la incógnita de lo que sería de Kazwak para desconcertar a la policía si, como ocurrió, se seguía la pista de esa locura por cauces humanos, y no ajenos a la mano del hombre.

—Sí, yo no podría hacer daño a Elsa porque la quiero. Es lo único que en realidad he llegado a querer en este mundo.

—¿Qué pensaba hacer con ella?

—Nada. La tengo atada, pero cómodamente instalada. Una vez concluida la labor, le hubiese revelado quién era yo. Le hubiera hecho ver lo grande que era su padre.

—Profesor, usted sabe que eso es imposible. Ella no hubiera aceptado una grandeza así.

—Tal vez no. También tenía la idea de fingirme otro ser, de cubrir mi rostro, de no aparecer ante ella como su padre. O de operar mi faz, para hacerle creer que Lukas Brooks había muerto... No sé. Lo que menos le hubiese dolido.

—Resulta monstruoso, profesor, todo ese amor paternal en un hombre que mató, que destruyó vidas magníficas y honestas, como las de mi amigo Rand, su mujer, Greta, aquel leñador... y tantos otros. Me horroriza usted. No conoce la diferencia entre el bien y el mal. En realidad, se cree superior a los demás. Y ni siquiera ama a su hija.

—¡Eso no es cierto!

—Claro que lo es, Brooks. Lo que ocurre es que se cree un buen padre. Pero si realmente hubiera amado a Elsa jamás hubiera llegado a esto. Ahora, la ha perdido para siempre. Y, lo que es peor, ha perdido su fe en todo. Cuando sepa que usted, que su propio padre es...

—¡No! ¡No debe saberlo! —aulló Brooks—. Y usted se cuidará de eso, Bruno.

Leslie le contempló fijamente.

—¿Cómo? —inquirió.

—Con... con eso —señaló la pistola que esgrimía Bruno.

—No. No puedo hacerlo. Soy un agente de la SIP, no un asesino. Yo no puedo matarle, Brooks. No soy como usted, que nada más saber que investigaba yo el caso, envió tras de mí a sus pistoleros a sueldo, con orden de matarme.

—Esto es diferente, Leslie. Se trata de... de una obra de misericordia. Usted ama a Elsa. Usted puede hacerla su esposa, darle una nueva vida mejor... Yo... he perdido. Acepto mi derrota y quiero morir. Pero morir de modo que Elsa nunca sepa que su padre fue lo que fue. Si pudiera amarme, si llorara por mí, sin saber lo que fui... ¡Y eso está en su mano, Bruno!

—Lo sé —Leslie tragó saliva—. Pero no puedo hacerlo. No me es posible...

—¿No? —sus ojos se dilataron. Sus labios contraídos dibujaron una mueca feroz—. ¡Bien, entonces... yo resolveré esto! ¡Yo terminaré con usted, Leslie, y recuperaré el amor de mi hija!

—¡Quieto, profesor! ¡No haga locuras! —gritó Bruno.

Pero ya Brooks había extraído de su bolsillo un objeto esférico, metálico, y se disponía arrojarlo contra él. Sólo Dios sabía lo que aquello podía encerrar.

Tuvo que disparar.

Tuvo que hacerlo, aun a su pesar. Pero el disparo, dirigido a la mano de Brooks, fue perfectamente visto por éste, que, con un salto inverosímil, se lanzó al paso de la trayectoria del disparo efectuado por Bruno.

En vez de la mano, la granada explosiva alcanzó la cabeza de Lukas Brooks. Con un estallido atroz, su cráneo se hizo mil pedazos.

Lo último que vio Bruno, horrorizado, fue su sonrisa de triunfo, su mirada victoriosa, dirigida a Bruno, antes de que volara en fragmentos la cabeza del profesor.

Contempló el cuerpo que rodaba por el suelo de la cabina, en un espasmo final, horriblemente decapitado. La esfera, abierta en el suelo, mostraba su inofensivo mecanismo: era un caprichoso encendedor automático.

—Por fin lo consiguió —susurró Bruno Leslie—. Consiguió que... le destrozara el rostro...

Lentamente, se apartó del cuerpo caído y avanzó hacia la salida de la cabina.

Ahora había llegado el momento de rescatar a Elsa, la hija del monstruo que había perecido en un arranque final de valor y decisión, por la única persona a quién había llegado a querer.

Elsa, que había caído prisionera de Emery. Lukas Brooks, al seguir a su hija, y luego apoderarse de Emery, asesinándole, mantuvo a la muchacha en la inconsciencia, llevándosela consigo para después fingir un rescate o algo parecido, y así seguir dando a todos la impresión de que fueron Emery y el

profesor Kazwak los raptores de la joven.

Elsa no sabría nunca la verdad. Le diría que aquel hombre, muerto en el mismo lugar desde donde planeara la conquista de la Tierra, en su refugio secreto del Mar de la Serenidad, en la Luna, era el profesor Kazwak. Y que su padre, el profesor Brooks, había muerto en la Tierra. Un ataúd sería todo lo que vería ella. En ese ataúd vacío no estaría jamás Brooks. Pero Elsa lo ignoraría siempre.

Callowan y los demás colaborarían en esa tarea. Elsa no debía conocer la clase de hombre que era su padre. Y mientras él viviese, eso no ocurriría.

—Para ser mi último servicio, ha tenido un final doloroso —musitó, saliendo ya de la estancia—. Pero el futuro será mejor.

Sí, sería mucho mejor. Para el mundo, sin amenazas de locos visionarios, que soñaban grandezas y poderes imposibles. Para Elsa, que iniciaría una nueva vida.

Y para él, que sería dado de baja en la SIP, como ocurría siempre que algún agente iba a casarse.

Sí, el futuro parecía que iba a ser mejor. El mundo no conocería el pánico, ni Elsa el más terrible de los dolores.

Luego, el tiempo les haría olvidar, como sucedía siempre...

Avanzó, sereno y tranquilo, hacia la puerta que le separaba de Elsa. Hacia la puerta de ese futuro mejor y más apacible, lejos del horror de aquella aventura.





¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones del Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros anda ces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naden do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

Colección RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLUMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

Pero si lo ignora todavía...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!

COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

46.— El planeta negro!— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan! — *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!.— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!.— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
59.— Space boys.— *W. Sampas*
60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
63.— Cadáveres incompletos.— *W. Sampas*
64.— Asesinos en la Tierra.— *W. Sampas*
65.— Poder infernal.— *Alan Star*
66.— Ladrones de tumbas.— *W. Sampas*
67.— Piratas submarinos.— *W. Sampas*
68.— ¡Ultimátum! — *Alan Star*
69.— Ojo por ojo.— *Alan Star*
70.— Huellas sobre la arena.— *W. Sampas*
71.— ¡Pánico! — *Johnny Garland*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Doc se lanzó a la lucha con su pistola cargada, dispuesto, en cuanto encontrase a sus enemigos, a iniciar una terrible

SINFONIA EN LUGER SOSTENIDO

¡La novela de W. SAMPAS más llena de intriga!

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 11 pesos